

ASALTO AL TIEMPO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



ASALTO AL TIEMPO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

640 – La diosa de las profundidades, *Joseph Berna*.

641 – El santuario de Ikuara-Mahl, *Kelltom McIntire*.

642 – ¡Planeta a la vista!, *Glenn Parrish*.

643 – Enigmas de destrucción, *Ralph Barby*.

644 – Las criaturas del vacío, *Curtis Garland*.

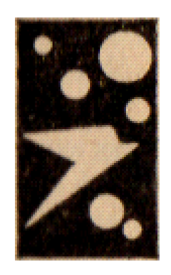
GLENN PARRISH

ASALTO AL TIEMPO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 645

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.084 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1982

2ª edición en América: junio, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El hombre se movía por la calle con gran rapidez, volviendo la cabeza frecuentemente, como si alguien lo persiguiese.

Y era perseguido.

Dos hombres iban tras sus pasos. Jonathan Buddy Hamlin sabía que lo pasaría muy mal si aquellos sujetos conseguían capturarle.

En cierta ocasión, creyó haberlos despistado y se detuvo unos momentos para tomar aliento. Estaba junto a un muro, pegado en el cual había un cartel.

El rostro de un individuo aparecía fotografiado en el cartel, en grandes dimensiones. Un nuevo jefe de Policía había tenido la humorada de resucitar viejos métodos usados dos siglos antes y había llenado las paredes de la ciudad con pasquines de recompensa de un peligroso asesino.

Hamlin se fijó unos momentos en el retrato del delincuente reclamado por la ley.

—A pesar de todo, lo pasarás mejor que yo, si te atrapan —murmuró, ironizando sobre su propia situación.

Transcurrieron unos minutos. Hamlin empezó a sentirse mejor.

Entonces, oyó de nuevo pasos en las inmediaciones.

—¡Ellos! —masculló.

Estaba desarmado, pero, aunque hubiera dispuesto de una pistola, no estaba seguro de haberla utilizado contra sus perseguidores. A fin de cuentas, él también había violado ciertas leyes.

—Pero son leyes que se han dictado a mil años de distancia en el futuro —murmuró, mientras emprendía la marcha nuevamente.

Vio un oscuro callejón y se metió en él sin vacilar. Cuando llegaba al final, divisó en la entrada las siluetas de sus dos perseguidores, que se recortaban con toda claridad contra el fondo iluminado de la calle más ancha.

Retrocedió un poco. Una puerta cedió a sus espaldas y, sin pensárselo dos veces, se coló en la casa.

Cerró con cuidado, a fin de evitar ruidos delatadores. En el mismo instante oyó una voz distorsionada por el alcohol.

—Eh, ¿quién anda por ahí?

Alguien encendió una luz. Hamlin se volvió y divisó a un hombre que parecía bajo los efectos de una fenomenal borrachera.

La cara le pareció conocida. De pronto, reconoció al sujeto.

«Increíble —se dijo—. Millares de policías buscan a este tipo y yo lo he encontrado sin proponérmelo...»

La recompensa ofrecida era muy grande, pero a Hamlin no le importaba el dinero en aquellos momentos. Tenía un interés muchísimo mayor en no ser atrapado.

El asesino se le acercó y le miró a través de las pupilas turbias por el alcohol.

—¿Quién eres? —tartajeó—. ¿Qué buscas aquí?

Súbitamente, Hamlin concibió una idea. El asesino, en circunstancias normales, le habría matado, pero ahora era un hombre totalmente vencido por la embriaguez. Sin pensárselo dos veces. Hamlin disparó el puño derecho y Russ Meltky cayó al suelo como un fardo.

Inmediatamente, se dispuso a poner en práctica la segunda parte de su plan. Quitándose las ropas que vestía, desnudó a Meltky a continuación. El cambio de indumentaria se produjo en contados minutos.

Cuando terminó, Meltky empezaba a despertarse. Hamlin se dio cuenta de que volvería a la vida con la mente mucho más lúcida, una

vez totalmente despierto, y decidió actuar antes de que sucediera.

Agarrando a Meltky por los sobacos, le hizo ponerse en pie.

—Vamos, vamos, sal un poco…

Sujetándolo con una mano, abrió la puerta con la otra. Luego empujó al asesino al exterior.

Meltky y él tenían una figura muy parecida. Las facciones no se podían confundir en modo alguno, pero Hamlin confiaba en la oscuridad de la calleja.

El asesino trastabilló fuera de la casa. Hamlin cerró y quedó con la espalda apoyada contra la puerta.

En la calle sonaron voces súbitamente.

—¡Ahí está!

—¡Ya lo tenemos!

—Al fin, te hemos cazado…

Meltky empezó a protestar.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué van vestidos de una forma tan estrafalaria?

—No hagas preguntas y ven con nosotros…

—Si creen que voy a dejarme llevar como un corderito, están muy equivocados —rugió el asesino—. Tengo una pistola y…

—No te descuides, tú —dijo uno de los otros.

—Tranquilo, llevo algo que calmará a Hamlin en un instante.

Fuera sonó un ligero chasquido.

—Ya está, podemos llevárnoslo.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Hemos de regresar antes de que se haga de día.

—Oye, este tipo es muy pesado —se quejó uno de los perseguidores.

—Bueno, ponle tu cinturón antigravedad y podrás sostenerlo con un solo dedo —rió su compañero.

Momentos después, la calleja volvía a quedar en silencio. Hamlin buscó algo para limpiarse el sudor de las sienes. Metió la mano en el bolsillo y encontró un grueso rollo de billetes de a mil.

Estupefacto, contempló aquella enorme suma de dinero. ¿De dónde lo había sacado Meltky?

Repentinamente, sonó una voz a poca distancia:

—Russ, ¿quieres que vaya a comprarte una botella?

* * *

Todavía no repuesto de la impresión que le había producido el hallazgo de aquella enorme suma, Hamlin miró hacia el lugar de donde procedía la voz y vio que había salido de los labios de una mujer joven y de silueta muy atractiva. El rostro, quizá, no era demasiado hermoso, pero tenía una expresión que, en circunstancias normales, le habría hecho parecer muy agradable. «Una cara graciosa», pensó Hamlin.

—Eh, tú no eres Russ —dijo ella.

—No —sonrió Hamlin.

—¿Qué le ha pasado?

—Se lo han llevado.

—¿La policía?

Hamlin dudó un momento.

—Pues… sí —dijo al cabo—. Se puede- afirmar que eran policías.

Pero no le dijo que aquellos policías provenían de una época situada a mil años en el futuro.

La joven lanzó un enorme suspiro.

—Menos mal —exclamó.

—¿Cómo? ¿Je sientes satisfecha de que se hayan llevado a Meltky?

—Nadie, en su sano juicio,, se sentiría tranquilo al lado de un sanguinario asesino. Le admití en mi casa sólo porque él amenazó con degollarme sí no lo hacía.

—Vaya, parece que a Melk Meltky no le importaba demasiado la vida ajena —comentó Hamlin jovialmente.

—No le importa en absoluto. Y, a propósito, ¿quién eres tú?

, —Jonathan Hamlin. Pero todos me dicen Buddy.

—Me llamo Flora Wattis. Hola, Buddy.

—Encantado, Flora.

Hamlin contempló a la joven durante unos momentos. Ella pareció sentirse incómoda.

—¿Por qué me miras así?

—Perdona, no quise molestarte...

—Oye —dijo Flora de repente—, tú llevas las ropas de Russ.

—Sí, cambié las mías por las suyas —sonrió Hamlin.

—¿También te persiguen, Buddy?

—Sí, aunque logré despistarles. Pero lo mío no tiene nada que ver con los crímenes de Meltky, puedes creerme. Se trata de un asunto de... espionaje industrial.

—Ah... perdona, pero no te he ofrecido nada de beber.

—No tienes en casa —sonrió Hamlin—. Ibas a decirle a Meltky que si le comprabas una botella.

—Oh, escondí el resto del licor. Lo único que buscaba era un pretexto para largarme de aquí.

—Comprendo. Bien, Flora, un traguito me sentaría bien y te lo agradeceré infinito,

—De acuerdo. Ven, Buddy.

Ella le condujo a la cocina, modesta, pero limpia, salvo en el fregadero, lleno de platos sucios.

—Russ se comporta en la mesa como un cerdo —dijo enojada—. Tuve que distraerle y hacerle beber, para que se emborrachase...

Abrió una alacena y sacó una botella.

—Conocía a Russ hace tiempo, cuanto todavía no sabía la clase de sujeto que era —relató melancólicamente—. Parecía una buena persona, pero no tardó en enseñar los dientes, quiero decir mostrarse tal como es. Entonces, rompimos y se marchó. Luego empezó a robar, a matar... En fin, si le echan el guante, lo freirán en una desintegradora. —Soltó una risita—. Bueno, ya le han puesto la mano encima —añadió.

Miró con curiosidad a su inesperado huésped.

—¿Quién eres? ¿Qué haces? —inquirió.

—Trabajo —contestó Hamlin evasivamente.

—Oh, disculpa, no quise mostrarme curiosa...

—No te preocupes, Flora.

—¿Otro traguito, Buddy?

—No, gracias. ¿A qué te dedicas, Flora?

Ella guardó silencio. Hamlin volvió a mirarla.

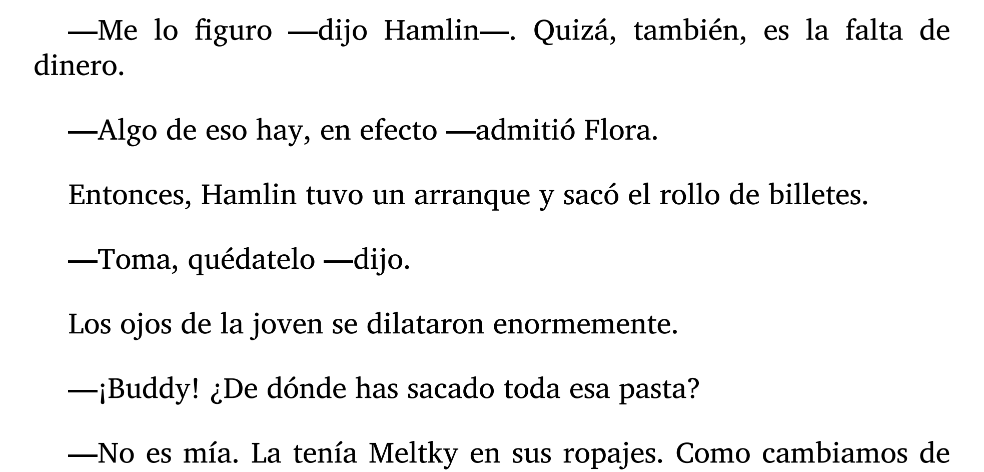
—Perdona —dijo—. Creo que he hecho una pregunta estúpida.

Flora se encogió de hombros.

— Una no puede elegir siempre su destino —respondió con cierta amargura.

—Lo siento. De todas formas, nuestro destino está en nuestras manos y podemos cambiarlo si nos esforzamos en ello.

—Sí, son palabras muy bonitas, pero sin aplicación alguna en esta época. Un par de veces he intentado buscar un trabajo decente. Adivina lo que me han contestado.



—Me lo figuro —dijo Hamlin—. Quizá, también, es la falta de dinero.

—Algo de eso hay, en efecto —admitió Flora.

Entonces, Hamlin tuvo un arranque y sacó el rollo de billetes.

—Toma, quédatelo —dijo.

Los ojos de la joven se dilataron enormemente.

—¡Buddy! ¿De dónde has sacado toda esa pasta?

—No es mía. La tenía Meltky en sus ropajes. Como cambiamos de indumentaria...

—Son billetes de mil —dijo Flora—. Sin duda, proceden de su último atraco a un Banco. Menos mal que en esta ocasión no hubo víctimas; cuando tiene una pistola en la mano, Russ se pone hecho una fiera. Es como si hubiese ingerido una droga que le exigiera ver sangre, ¿comprendes?

—Pues en sus ropajes no había ningún arma —alegó Hamlin.

—Se la habrá dejado en el dormitorio... Buddy, no puedo aceptar ese dinero.

Hamlin puso los billetes en la mano de la joven y cerró sus dedos.

—Quédatelo sin remordimientos, sobre todo si es cierto que en esta ocasión no hubo víctimas. Los Bancos, ya sabes, tienen sus riesgos muy bien cubiertos.

Flora se mordió en los labios.

—Lo malo es que son billetes de a mil y habrán tomado la numeración... Espera, conozco a un tipo que me los cambiará... claro que se quedará con un buen porcentaje, pero no importa. A fin de cuentas, es un dinero llovido del cielo...

Agradecida, Flora estampó un beso en la mejilla de Hamlin. Este se ruborizó.

—No puedo darte las gracias de otro modo —añadió ella.

—Es suficiente —sonrió Hamlin—. Bien, Flora, tengo que marcharme. Me siento muy contento de haberte conocido.

—Yo también. Me gustaría volver a verte otro día, Buddy.

—Claro, mujer —contestó él.

Momentos después, Hamlin ponía la mano en el picaporte.

—Ha sido un encuentro muy afortunado —dijo.

—Adiós, Buddy —respondió Flora, con los ojos inexplicablemente húmedos.

CAPITULO II

ORDEN N.° 446/ 3-VI DE LA JEFATURA DE VIAJES TEMPORALES.
DIRIGIDA A:
LOS AGENTES NUMS. 65/K-l, SHIHHON BERR, Y 87/E-3, TURZAL AMKRUS.

Debido a la impericia mostrada por los citados en la resolución del caso 22/ P, se les degrada al último escalón de los servicios comunitarios, en donde deberán permanecer, por lo menos, tres años, antes de que se vea su juicio de recalificación.

EL DIRECTOR DE LA J.V.T.

1. *Silkhor*

Fechada en 3 de marzo de 3051

* * *

ORDEN N.° 447/ 3-VI DE LA JEFATURA DE VIAJES TEMPORALES.

DIRIGIDA AL:
AGENTE NUM. 144/N-6, G. OOVID.

El mencionado agente se ocupará, a partir de ahora, y de forma exclusiva, de la resolución del caso 22P, empleando para ello cuantos medios juzgue necesarios. Esta Jefatura le proporcionará cuanto precise, sin limitación alguna.

Queda excluido el fracaso.

EL DIRECTOR DE LA J.V.T.

1. *Silkhor*

Fechada en 3 marzo de 3051

* * *

ORDEN N.° 448/3-VI DE LA JEFATURA DE VIAJES TEMPORALES.
DIRIGIDA AL:
DIRECTOR EJECUTIVO DE V.T.

Por la presente se ordena que el prisionero traído erróneamente a nuestra época sea devuelto a la suya con el máximo de discreción.

El Director Ejecutivo de V.T. tendrá en cuenta que se trata de un individuo sumamente peligroso.

EL DIRECTOR DE LA J.V.T.

1. Silkhor

Fechada en 3 de marzo de 3051

* * *

El último escalón de los servicios comunitarios era la limpieza pública.

Pero dentro de aquel último escalón había, incluso, varios grados, y los agentes sancionados desempeñaban el último, tal como se había hecho cientos de años antes, esto es, con escobas.

Shihhon Berr movía la suya con aire melancólico. A su lado, Turzal Amkrus no se sentía mejor.

—Nos la pegó bien aquel tipo —-dijo el primero.

—Hombre astuto —elogió Amkrus a su pesar.

—El callejón aquel estaba demasiado oscuro.

—Y llevaba las ropas de nuestro hombre.

—Debíamos habernos fijado un poco más.

—Ya es tarde para lamentaciones.

—Sí —suspiró Berr—, es tarde para que nos quejemos dé algo que sólo es culpa nuestra.

Los dos agentes degradados estaban en una amplia explanada, en cuyo centro se alzaba un singular edificio, rematado por una cúpula brillante. Una ancha escalinata conducía a la puerta principal, hecha de metal que parecía oro.

Un hombre se les acercó de pronto, tripulando un carrito movido por electricidad generada por energía solar. Las insignias de su uniforme marrón claro indicaban que era uno de los capataces de la limpieza pública.

—Dejad las escobas —ordenó—. Aquí tenéis trapos y líquido pulimentador. Hay que dar brillo a las puertas de Ia J.V.T.

—Sí, señor —contestó Berr.

—Lo haremos, señor —dijo Amkrus.

Los dos hombres se dirigieron hacia la escalinata. Cuando ponían el pie en el primer peldaño, vieron a otros dos que emprendían el ascenso por el lado opuesto.

—Mira —exclamó Berr—, es Dennl, con nuestro prisionero.

Amkrus entornó los ojos.

—¿Adónde diablos irá el director ejecutivo con ese individuo?

—Puedes imaginártelo. Van a devolverlo a su época.

—Y Dennl es el encargado de la operación.

—Sí, se ve que el jefe supremo no quiere correr riesgos.

—Bueno, tampoco es una misión que me agrade demasiado, tú.

—De todas formas, no nos la iban a encomendar —dijo Amkrus, lanzando un suspiro rebosante de melancolía.

Mientras, Braw Dennl y Russ Meltky se dirigían al edificio, en el que penetraron instantes más tarde. Meltky no comprendía muy bien lo que le había pasado durante aquel breve espacio de tiempo, pero hervía de furor por dentro, ya que se imaginaba fácilmente lo que iban a hacer con él.

Sus puños se crisparon, relativamente juntos debido a las esposas sin eslabones, unidas magnéticamente, aún más seguras que las argollas tradicionales. Maldijo a la mujer que le había traicionado y se prometió que un día, si volvía a verla, le rebanaría el pescuezo.

Vagamente recordaba haber salido a la calle, desde la casa de Flora, y en aquellos instantes había sido atacado por dos desconocidos. Uno de ellos le había lanzado un dardo hipnótico o algo por el estilo y ya no sabía más.

Luego, en aquel lugar desconocido, había pasado varios días, no recordaba exactamente cuántos, en donde, si bien había sido bien tratado y alimentado, no había podido hablar con nadie. Cuando pidió ver a un abogado se le rieron en su cara.

Tenía dinero, pero también le había desaparecido. ¿El tipo que le

había golpeado, cambiándole después sus ropas?

—Me las pagarás —juró entre dientes.

Siguiendo a su acompañante entró en una sala de paredes y pavimento muy pulidos, aunque no brillantes, y vio en e' centro un extraño artefacto.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Suele llamarse máquina del tiempo. Pero también se le dice cronomóvil —respondió Dennl.

—¿Y para qué diablos sirve?

—Para viajar a través de las épocas, naturalmente. Anda, entra; vas a volver a tu tiempo.

Meltky obedeció, pero no le hacía ninguna gracia regresar a una época en la que le esperaba un juez con una dura sentencia.

* * *

Estaba muy afanado, dando los últimos toques al artefacto que tenía en el cobertizo, cuando de pronto, a través de las amplias vidrieras, vio un aeromóvil que se disponía a tomar tierra en el jardín.

El vehículo aéreo era del tipo más sencillo: una especie de motoneta, sin ruedas, con los mandos agrupados en el manillar y un deflector contra el viento

La tripulante del aparato saltó a tierra. Hamlin lanzó una exclamación de asombro al reconocerla.

. —¡Flora!

Ella miró a su alrededor. Luego gritó:

—¡Eh, Buddy! Estoy aquí... ¿Dónde te encuentras?

Limpiándose las manos con un trapo. Hamlin fue hacia la puerta del cobertizo y la abrió.

—Aquí. Flora -—dijo.

La joven corrió hacia él. A Hamlin le pareció realmente encantadora, con una blusa sin mangas y de escote moderado, y pantalones un tanto holgados, que llegaban justo encima de las rodillas. Llevaba un bolso de cuero y zapatos de medio tacón

El pelo, castaño claro, estaba suelto, aunque no lo llevaba muy largo. El rostro aparecía casi limpio de maquillaje.

—Me costó un poco dar con tu casa —dijo tendiéndole una mano.

—No figura en la guía. Lo pedí para que no me molestasen con llamadas inoportunas. Muy pocos conocen mi videófono. ¿Cómo has conseguido encontrarme?

Flora le guiñó un ojo.

—Tengo amigos.

—Ya —dijo él— Anda, entra y buscaré algo para que echemos un trago juntos. ¿Cómo te van las cosas?

—Estupendamente. Abandoné aquella casa. La he vendido a un buen precio. Ahora resido en un barrio situado en el lado opuesto, en una casa de apartamentos, donde nadie se preocupa de lo que hace el vecino. ¿Sabías que me dieron treinta mil por los cien billetes?

—¿Treinta mil? —se sorprendió Hamlin—. ¡Pero eso es un robo, Flora!

—Esperaba quince mil sólo. Estas «compras» de dinero «caliente» se hacen a un precio muy bajo, Buddy.

—Bueno, yo no entiendo mucho de esos negocios —sonrió él—. Pero si tú estás contenta, no hay más que hablar.

Ya habían cruzado la puerta del cobertizo.

Flora vio el aparato situado en el centro y alzó las cejas, extrañada.

—¿Qué es ese chisme, Buddy?

—Un... Bien, te lo explicaré en otro momento. Vamos a la casa: estaremos más cómodos.

—Como quieras. Oye, no he vuelto a tener noticias del canalla de

Russ.

—Ni las tendrás —aseguró Hamlin.

Abrió una puerta situada al fondo y se echó a un lado para que pasara la joven. Flora arrugó la nariz al ver el interior de la casa.

—Aquí hay algo que no encaja —manifestó.

—¿Qué- es? A mí me parece todo normal...

Flora elevó los ojos al techo.

—Para decirlo con palabras suaves, esta casa está hecha una pocilga.

—Caramba, pues si llegas a emplear palabras fuertes...

—No las hay para describir lo que estoy viendo. ¿Quién te atiende, Buddy?

—Bueno, viene una mujer a hacer la limpieza un par de veces por semana, pero ahora tiene el marido enfermo y yo debo arreglármelas como puedo. La verdad es que no tengo mucho sentido del aseo de una casa.

—Salta a Ia vista —dijo ella críticamente.

—Lo siento. Si hubiera sabido que ibas a venir...

—Bueno, no importa. Demasiado me imagino cómo debe estar la casa de un soltero. Porque tú lo eres, supongo.

—Sí, soy soltero. ¿Qué quieres beber, Flora?

—Me gustaría tomar café, Buddy.

—Entonces, vamos a la cocina.

Cuando se asomó a la puerta, Flora se sintió aterrada.

—Dios mío, qué desorden... Buddy, no es por nada, pero ¿me dejas que arregle esto un poco, antes de poner siquiera a calentar el agua?

—Mujer, no debes molestarte por mí —dijo Hamlin avergonzado.

Ella vio un delantal colgado de un gancho y se lo puso

inmediatamente.

—Anda, sigue con tu trabajo. Ya te llamaré cuando haya terminado.

—Pero, Flora…

—Vamos, Buddy —ordenó la joven imperativamente.

—De acuerdo, como quieras, pero no está bien que una invitada se ocupe de cosas que sólo competen al dueño de la casa.

—No soy una invitada; soy tu amiga —puntualizó ella—. Es decir, si aceptas mi amistad.

Hamlin miró unos instantes a la joven y acabó por sonreír.

—¿Por qué no iba a aceptar tu amistad, Flora?

—Bueno, ya sabes lo que hacía…

—Ya has dejado esa clase de vida.

—Sí.

—Entonces, no te preocupes de más. Estaré en el laboratorio.

—Perfectamente. Ah, Buddy, luego me contarás qué es lo que estás haciendo. Si no hay inconveniente, por supuesto.

—No lo hay, aunque dudo mucho de que ¡legues a creerme.

—Tú eres un hombre que dice siempre la verdad —sonrió Flora.

Una hora más tarde, apareció en el laboratorio con una bandeja en las manos.

—La cocina parece nueva, y no es inmodestia —dijo mientras llenaba las tazas—. He limpiado también la sala y un gabinete de estudio. Ahora me faltan los dormitorios del piso superior, pero ya lo haré después de este intervalo.

—Flora, ¿qué he hecho yo para merecerte? —preguntó Hamlin.

Ella le contempló unos instantes. Hamlin no era guapo, aunque tampoco feo del todo. Medía alrededor de un metro y setenta y cinco centímetros y, en cualquier otro lugar, habría pasado por un hombre

vulgar y corriente. Pero tenía la mirada franca y sincera y había en sus facciones una cierta expresión de bondad, con una buena dosis de energía, que le convertían en un joven muy agradable.

—Me libraste de un grave apuro, en primer lugar —dijo al cabo—. Luego me diste dinero, lo que me ha servido para orientar mi vida de una forma totalmente distinta. Y, bueno, la verdad es que me gustaría hacer algo, para no estar siempre con las manos sobre el regazo. Por lo que he visto, eres un científico y... ¿No conoces a nadie que quiera darme un empleo, aunque sea de fregona de laboratorio?

Hamlin tomó un sorbo de café y meditó unos instantes.

—Flora —respondió tras una pausa—, ya tienes el empleo. Es decir, si no temes trabajar para un chiflado.

—¿Chiflado? ¿Por qué dices eso? A mí me pareces un hombre muy sensato, nada dado a fantasías —se asombró la joven.

—Fantasías —repitió él—. A veces pienso si no fue un sueño... Pero no. ocurrió en realidad... Es que se trata de un secreto científico que no debo divulgar, no me lo digas...

—No, no, presiento que tú eres muy discreta. Incluso estimo que me creerás mejor que otros infinitamente más cultos que tú. Flora, ¿pensarías que estoy loco si te dijera que he estado en el año tres mil cincuenta y uno?

Ella se quedó con la boca abierta.

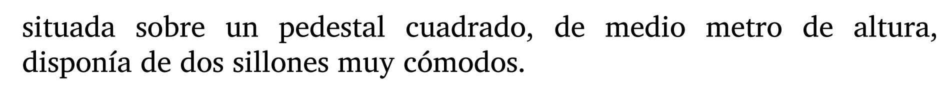
—Has... viajado al futuro —exclamó.

—Sí —confirmó él—, Y el mundo que he visto en el siglo treinta y uno me ha gustado aún menos que éste en el que vivimos actualmente.

CAPITULO III

—Siéntese ahí —indicó Dennl.

Meltky obedeció. El vehículo, con forma de burbuja transparente,


situada sobre un pedestal cuadrado, de medio metro de altura, disponía de dos sillones muy cómodos.

—¿Cómo se mueve este trasto? —preguntó.

—Realmente, esta máquina no se mueve, sólo se desplaza a través del tiempo —respondió Dennl.

—Ah —murmuró Meltky—. ¿Puede viajar a cualquier época?

—Desde luego, pero nosotros nos vamos a desplazar a la suya, a la que pertenece usted y de la que no debió haber salido.

Meltky fue a contestar con una obscenidad, pero, de repente, pensó que una actitud hostil no le beneficiaría en absoluto. Un oscuro instinto le dijo que debía mostrarse amable y cortés con su acompañante.

—Sí, me lo tengo merecido —dijo con fingida resignación—,. En este mundo es preciso pagar los errores que se cometen.

—Lo siento por usted. Yo me limito a cumplir solamente las órdenes que me dan.

—Claro, claro… Y, dígame, manejar este cacharro, ¿es muy complicado?

—Oh, no —respondió Dennl—. Es la cosa más sencilla del mundo. Vea estos indicadores: corresponden a los años, los meses y los días. Los de color amarillo señalan la hora, el minuto y el segundo en que se ha de llegar, si se necesita una absoluta exactitud.

—Creo que entiendo… Primero se pulsa la tecla correspondiente y luego se marcan las cifras deseadas…

—No, no, al contrario. Primero se señala la fecha; es decir, año, mes, día, hora, minuto y segundo. Después, por el mismo orden, se pulsan las teclas respectivas. Al apretar la última, la máquina se pone en marcha automáticamente.

—¿Tarda mucho tiempo en el viaje?

—Depende de la época a la que se dirige uno. Pongamos un segundo por diez años, aproximadamente.

—He visto que el aparato no tiene ruedas. ¿Es que no se mueve del sitio?

—-No conviene, aunque tampoco se perjudica. Vea esta palanca, según la mueva, adelante o atrás, a izquierda o a la derecha, el cronomóvil se desplaza en el espacio, a unos centímetros del suelo, pero siempre a poca velocidad, máximo de unos cincuenta kilómetros a la hora. A veces es prudente cambiar el emplazamiento de llegada, unos metros o un poco más. Normalmente no es necesario, pero resulta conveniente disponer de ese mecanismo, para una posible emergencia.

—¡Admirable! ¡Fantástico! —exclamó Meltky—. Jamás hubiera sospechado que pudieran construirse unos aparatos semejantes. Claro es que, en nuestra época, vivimos todavía como salvajes.

—Sí, les hace falta un poco de civilización —contestó Dennl, halagado por las palabras de su acompañante—. Bueno, creo que es hora de emprender el viaje.

—A su disposición, amigo... Eh —dijo Meltky súbitamente—, ¿qué es eso que brilla en el suelo? ¿Se le ha caído a usted?

Dennl se inclinó un poco. Meltky le golpeó primeramente en la nuca con los dos puños. Luego estrechó su cuello con las manos.

Tenía una fuerza poco común y estuvo apretando hasta que se paró el corazón de Dennl. Cuando fue a recogerle a la celda donde había estado encerrado, le había visto guardarse la llave de las esposas electromagnéticas.

Instantes más tarde, tenía las manos libres. Tiró las argollas a un lado, abrió la portezuela y lanzó fuera el cadáver de Dennl.

—Imbécil —dijo despectivamente—. Sin duda, en esta época se desconoce el dicho de que «por la boca muere el pez».

Riendo satisfecho, pensó unos instantes en la fecha más conveniente para su viaje al pasado. Primeramente se dijo que iría a casa de Flora. Consideraba que su amiga le había traicionado y debía hacerle pagar la mala jugada que le había gastado.

Pero pensó que aquello era placer y que debía seguir a los negocios. ¿Y qué negocio debía emprender para sacar el fruto a la máquina que ahora era suya?

De pronto chasqueó los dedos.

—Ya lo tengo —se dijo.

Y empezó a teclear una fecha.

* * *

Los dos hombres se encontraron ante la puerta del despacho, en el que se leía una sobria inscripción: G. OOVID.

Berr miró a Amkrus asombrado y éste le devolvió la mirada.

—¿Qué haces aquí, en lugar de estar sacando brillo a las puertas?

—Y tú, ¿por qué no estás barriendo las calles?

—Me ha llamado el 144.

—A mí también.

—Sí que es casualidad —dijo Berr—. ¿Para qué diablos nos querrá?

—Estamos en el último escalón de trabajos. Lo único que nos puede suceder es que nos envíen una buena temporada a la cárcel —contestó Amkrus con aire pesimista.

—No me gustaría, pero pudiera ser, en efecto.

La puerta se abrió en aquel instante automáticamente.

—Pasen —dijo el agente G. Oovid.

Berr y Amkrus penetraron en la estancia, sobriamente amueblada. El agente Oovid era una mujer y muy hermosa, alta, de pelo negro y ataviada con un traje de una sola pieza, que se amoldaba perfectamente a su escultural silueta.

—Señora... —dijeron los dos hombres a la vez.

—Mi nombre es Gheeta —contestó ella—. Deseo que suprimáis todo tratamiento, a partir de este mismo instante.

—Sí, señor... Como tú .digas...

—Estamos a tus órdenes, Gheeta.

—Bien, gracias —dijo la mujer secamente—. Supongo que os

estaréis preguntando por qué os hemos llamado.

—Somos tus humildes servidores.

—No hacemos preguntas, sólo obedecemos.

—Espléndido —dijo ella—. Vosotros dos fuisteis los autores del monumental error que hizo venir a esta época a un hombre que no era el que buscábamos.

—El nos engañó —dijo Berr.

—No se os envió allí para dejaros engañar, sino para cumplir una misión. Al fallar no sólo dejasteis de cumplir la orden recibida, sino que vuestra acción fue el origen de algo que no debería haber sucedido. Algo todavía mucho peor que el hecho de que el hombre a quien deberíais haber capturado siga en libertad.

—No te comprendemos, Gheeta —declaró Amkrus—. ¿Por qué no te explicas de una vez? Te lo ruego.

—Él director ejecutivo, Dennl, fue el encargado de devolver a Meltky a su época. Meltky lo asesinó y se ha fugado con el cronomóvil.

Amkrus y el otro abrieron la boca, estupefactos.

—No es posible...

—Meltky no sabía manejar la máquina, Gheeta.

—Tenemos una filmación de los momentos preliminares. Se hace siempre, como sabéis, a fin de tener pruebas para una posible investigación posterior. Dennl explicó a Meltky el funcionamiento del cronomóvil.

—¡Qué idiota! —exclamó Berr sin poder contenerse.

—Pero ¿cómo pudo cometer semejante estupidez? —preguntó Amkrus.

—Por favor, basta de apostrofes. Dennl está muerto y, bien mirado, se lo merece. Nadie lo lamentaría a no ser porque Meltky, repito, se llevó el cronomóvil.

—No veo qué podemos hacer nosotros, Gheeta —dijo Berr.

—Fuimos degradados…

—Os lo voy a decir inmediatamente. El director de la J.T.V. me había encomendado la resolución del caso 22/ P, pero este asunto ha pasado ahora a segundo término. Hemos de recuperar el cronomóvil robado, operación que se ha designado bajo la cifra R/1. Y, puesto que vosotros tenéis cierta experiencia en Ia época de Meltky, pedí al director Silkhor que vinierais conmigo. La recalificación es sólo provisional,, pero se hará definitiva, sin esperar a los tres años de plazo, caso de que consigamos recuperar la máquina robada. ¿Está claro?

—Eso significa que hemos de viajar contigo al siglo veintidós —dijo Berr.

—Exacto —confirmó Gheeta—. Pero con la condición inexcusable de obedecer mis órdenes en todo momento. Vosotros seréis mis asesores, pero yo tomaré las decisiones, de acuerdo con las circunstancias. ¿Alguna pregunta más?

Berr y Amkrus intercambiaron una mirada.

—Ninguna —dijeron simultáneamente.

—Perfecto. —Gheeta les entregó sendas tarjetas de color plateado—. Las órdenes de relevo y nuevo destino —indicó—. Mañana a las nueve en punto en la sala de Viajes Temporales número 6. Vuestro equipo estará ya preparado.

—Gracias, Gheeta. No desaprovecharemos esta oportunidad.

—Haremos lo imposible por recuperar el cronomóvil robado —aseguró Amkrus.

Entonces, Gheeta se permitió una sonrisa y su expresión se dulcificó. Fue un cambio casi total; era muy hermosa y aquella sonrisa la transformó notablemente.

—Tenemos que recuperarlo, porque si no lo conseguimos a mí también me darán una escoba —dijo.

* * *

Después de oír el relato de Hamlin, Flora se sintió estupefacta.

—No me crees, ¿verdad? —dijo él, sonriendo decepcionado.

—Pero ¿de veras estuviste en el futuro? —preguntó ella.

—Puedo jurarlo, aunque no tengo pruebas. Pero estuve allí, en el siglo XXXI, es decir, en el año tres mil, el cincuenta y uno, para ser más exactos.

—Me parece un sueño... ¿Cómo es posible que una persona pueda viajar hacia su propio futuro?

—Y también hacia el pasado. Con la máquina del tiempo es perfectamente posible. Sin embargo, no te reprocho tu incredulidad. Si a mí me contase alguien lo que yo te he contado a ti, y fuese, como es lógico, profano en la materia, también me costaría muchísimo creerlo. O quizá pensaría que era una fantasía, producto de una mente delirante. Pero es verdad.

Ahora estaban en la sala, conversando frente a frente, cómodamente sentados. Flora puso un codo en una de sus rodillas y apoyó el mentón en la mano.

—Buddy, ¿cómo es el futuro en el siglo XXXI? —preguntó.

—Oh, maravilloso en algunos aspectos, pero siniestro en otros. Se han construido grandiosos edificios, gigantescas avenidas, de cientos de kilómetros; tienen vehículos de traslación individual instantánea en lugar de aeromóviles, como nosotros, no existen las enfermedades... pero los animales escasean muchísimo, aunque, por fortuna, se conservan los vegetales. La atmósfera está limpia, purificada y todo el mundo tiene la comida, el vestido, el alojamiento y la sanidad gratuitamente.

—Maravilloso. Vivir sin trabajar debe ser estupendo.

—No lo creas. Trabajan, aunque no excesivamente, todo hay que decirlo; la mayor parte de las tareas son realizadas por robots de todas clases. Pero, a cambio de una vida fácil y sin problemas, hay una reglamentación enormemente rígida, unas leyes muy duras, unas normas de conducta que nadie puede desobedecer, sin incurrir en gravísimas penas, incluida la de muerte. En el siglo XXXI cada ciudadano tiene asignado una tarea y se le controla desde el nacimiento hasta la muerte. Está sometido a una educación única, y cada uno de sus pasos, desde que tiene uso de razón, está

minuciosamente reglamentado.

»La autorización para el matrimonio, porque las relaciones sexuales ilegítimas están severísimamente penadas, no llega sino hasta los veinticinco años para el hombre y los veinte para la mujer. El máximo de hijos permitidos es de dos, y cuando la pareja los ha tenido, son esterilizados ambos. A los siete años, el niño deja ya el domicilio familiar y es enviado a la escuela señalada por una máquina...

—Basta, basta —dijo Flora, horrorizada—. Pese a los defectos de esta época, me quedo aquí.

—Es nuestra obligación —sonrió el joven—. No podemos vivir en el futuro.

—Ni lo deseo siquiera. Pero, dime una cosa; cuando nos conocimos, a ti te perseguía alguien. ¿Por qué?

—Yo, hombre del siglo XXII, quebranté las leyes de nueve siglos más tarde. Hice el viaje temporal sin permiso y quisieron arrestarme. Pude escapar a tiempo, pero enviaron en mi busca a dos policías. Son los que se llevaron a Meltky en mi lugar.

—Cambiaste sus ropas...

—Yo llevaba un traje del siglo XXXI. Los policías no se fijaron demasiado y cargaron con Meltky —sonrió Hamlin.

—Comprendo. Oye, ¿dónde tienes tu máquina del tiempo?

—En el laboratorio, pero si piensas verla funcionar, estás equivocada. Tiene una serie de averías bastante graves y no puedo ponerla en marcha, sin haberla reparado antes. Lo malo es que esas piezas son muy caras y yo ando mal de fondos en estos momentos.

— ¡Buddy! —exclamó Flora impetuosamente—. Yo tengo dinero, recuérdalo. Te prestaré el que sea necesario...

—Mujer, viniste aquí buscando un empleo; no a prestarme dinero —protestó él.

—Me has concedido ese empleo.

—Sí, desde luego.

—¿Voy a quedarme en tu casa?

—Si no tienes inconveniente...

Flora abrió el bolso.

—Buddy, ¿cuánto necesitas? —ofreció con toda sinceridad.

CAPITULO IV

Salió del laboratorio, con expresión preocupada, haciendo saltar algo en la palma de su mano. Flora, ataviada con un delantal y un pañuelo anudado en la frente, le miró con simpatía.

—¿Sucede algo, Buddy? —dijo, a la vez que detenía el aspirador con el que estaba haciendo la limpieza de la sala.

—Un pequeño problema —contestó él—. Esta pieza se ha quemado y, por lo tanto, resulta completamente inútil.

—Comprarás otra, pero ya sabes que tengo dinero...

—El dinero sirve de poco en este caso. Mejor dicho, no sirve para nada. Esta pieza no se vende al público.

—¿Por qué?

—Es un poco largo de explicar, pero lo simplificaré diciéndole que la factoría que las construye trabaja exclusivamente para el gobierno.

—Y no te venderán una.

—Lo dudo mucho. De otra forma, tendría que fabricarla yo mismo y, dado que hay en ella piezas de altísima precisión, con márgenes inferiores a la diezmilésima de milímetro, es muy posible que tardase un año en construirla... suponiendo que al final tuviera éxito.

Flora apoyó ambas manos sobre el mango del aspirador.

—Oye, ¿por qué no recurres a otro procedimiento para conseguir esa pieza?

—Dime cuál y puede que lo haga...

Ella sonrió, mientras hacía un gesto significativo con la mano derecha.

—«Afanar» la pieza, hombre. Precisamente conozco a un tipo con una facilidad pasmosa para entrar en lugares cerrados...

—Sería inútil. En esa factoría hay una terrible vigilancia. Un batallón de hombres armados la custodian día y noche. No, tengo que recurrir a otro método...

De pronto, Hamlin chascó los dedos, a la vez que se iluminaban sus ojos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Sí, creo que lo conseguiré... Y sin costarme un céntimo, además. Flora, ¿puedo usar tu moto neta?

—Claro, hombre, lo que quieras. ¿Tardarás mucho en volver?

—No lo sé. Depende del tiempo que emplee en la visita que voy a hacer inmediatamente. Si no he vuelto para la hora del almuerzo, no me esperes. Pero sí estaré de regreso a la hora de la cena.

—Muy bien, yo seguiré con la limpieza. —Flora puso los ojos en el techo—: Señor, nunca había visto una casa tan sucia... Buddy, dime, ¿qué hacía tu asistenta cuando venía aquí? ¿Rascarse la nariz en lugar de barrer?

Pero el joven no le contestó. Con la pieza en una bolsa de lona, corría ya hacia la motoneta estacionada en el jardín. Instantes después, alzaba el vuelo y se elevaba a las alturas a toda velocidad.

Una hora más tarde, una secretaria le introdujo en un despachó, en el que trabajaba un hombre de su edad.

—Hola, Dan —saludó el joven.

Dan Castle se puso en pie.

—¡Buddy, viejo amigo! —exclamó—. ¿Qué es de tu vida? Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh? ¿Has estado de viaje? ¿Dónde trabajas en la actualidad? Si necesitas un empleo, yo puedo...

—Sí, ya sé que eres director adjunto de esta factoría —sonrió Hamlin, después de estrechar la mano de su amigo y antiguo condiscípulo—. Has sabido progresar, aunque no se puede decir que no te lo merezcas. Te graduaste con el número tres...

—A ti te otorgaron el uno. Merecerías mi puesto más que yo, Buddy.

—Bah, nunca rae gustó estar atado a una mesa, con un horario fijo. Prefiero trabajar independientemente. A veces me paso veinticuatro horas sin salir de mi laboratorio, pero también puedo suspender la tarea cuando me da Ia gana.

—Eso sí es verdad —convino Castle mientras llenaba dos pocillos con café—. Pero mi trabajo me ocupa solamente tres días de la semana. Tengo cuatro libres y dos meses de vacaciones anuales, seguidos o en las etapas que a mí mejor me convengan. No estoy tan mal -aquí, después de todo.

—Claro, claro. Y encima un sueldo magnífico...

—Buddy, ¿en qué puedo servirte? Perdona, pero tengo mi tiempo bastante justo. Si se trata de algo demasiado extenso, podríamos acordar una entrevista para comer juntos el jueves.

—No, no, Dan, voy a ser muy breve. Mira esto, por favor.

Hamlin abrió la bolsa que había llevado consigo, sacó la pieza y la puso encima de la mesa. Castle examinó aquel objeto y se puso serio a los pocos instantes.

—Buddy, ¿de dónde has sacado esto? —preguntó.

—No te preocupes. Lo conseguí hace un par de años, cuando tú no soñabas siquiera en ocupar este puesto. Ahora necesito otra idéntica.

—Lo siento. No puedo complacerte. Toda la producción es para el gobierno. Aunque me pagases todo el oro del mundo...

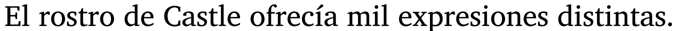
—Es que no pienso darte un céntimo, Dan.

—¿Cómo?

Sin mostrar el menor enojo, Hamlin volvió a guardar la pieza.

—Hoy mismo enviaré unas cuantas fotografías y un informe a Future Mechanic, a Tools Machines, a las secciones científicas de los diarios más leídos... A los especialistas no les gustará saber que esta clase de piezas, fabricadas por y para el gobierno y de forma exclusiva, se queman fácilmente con una débil-sobrecarga, que no rebasa el cinco por ciento del límite tolerado. ¿Te imaginas la

cantidad de máquinas y hasta de robots que tendrían que paralizarse hasta recibir la nueva pieza, muchísimo más resistente?



El rostro de Castle ofrecía mil expresiones distintas.

—Buddy, somos buenos amigos; tú no puedes hacerme esta jugarreta. Pídeme !o que quieras, pero no...

—Lo siento. Dan, pero necesito esta pieza.

—¿Para qué, Buddy?

—Para mi... máquina.

—¿Qué máquina?

—Perdona, pero no puedo decírtelo.

Castle fue a su sillón y se repantigó en él.

—Si no me dices para qué necesitas la pieza, arrastraré el riesgo de una publicidad indeseada —dijo—. Además, ¿para qué la quieres si, de todas formas, se te va a quemar otra vez?

—No, porque ya he encontrado el procedimiento para evitar que suceda eso —contestó Hamlin.

—Hagamos un trato, Buddy —propuso Castle—. Yo te proporciono la pieza y, a cambio, tú me dices, por lo menos, el método que se debe seguir para evitar que se queme con una débil sobrecarga.

—De acuerdo —aceptó el joven inmediatamente—. ¿Cuándo la tendré?

Castle reflexionó unos momentos.

—Hoy es martes —dijo al cabo—. Pasado mañana, jueves, la tendrás. ¿Sigues viviendo en el mismo sitio?

—Desde luego.

—Entonces, allí estaré a... ¿Te parece bien la hora del almuerzo?

—Estupendo, Dan.

Hamlin se puso en pie.

—Confío en tu palabra —añadió.

—Y yo en la tuya, Buddy.

Castle acompañó a su amigo hasta la puerta. Hamlin le contempló sonriendo durante unos segundos. Castle era un hombre que medía casi el metro y noventa centímetros, y era muy apuesto.

—Dan, ¿no te has casado todavía?

—Estoy muy bien soltero —rió el otro.

—Tendrás las mujeres como moscas.

—No me puedo quejar, Buddy. Bien, hasta el jueves.

—Tengo una sirvienta que guisa maravillosamente. Te preparará una comida digna de Lúculo.

—Me conformo con que sea digna de mi estómago —contestó Castle jovialmente.

* * *

El cronomóvil se materializó y, desde su interior, Russ Meltky contempló las luces de la ciudad que se extendía ante sus ojos.

Sonrió satisfecho. Aunque no tenía otros datos a la vista, le bastaba con aquél panorama para saber que había vuelto a su época, en la fecha deseada.

Con gesto afectuoso, palmeó suavemente el cuadro de mandos del aparato, como si se tratase del cuello de un caballo de pura sangre.

—Te has portado bien, muchacho —murmuró.

Permaneció unos momentos pensativo, mientras tomaba una decisión para los siguientes pasos que debía dar. Al cabo de unos momentos hizo que el cronomóvil se moviera lateralmente y lo dejó oculto entre unos espesos matorrales, que crecían en la ladera de la pequeña colina situada a poca distancia de la autopista.

A unos quinientos metros se divisaban las luces de una estación de

servicio. Fue a pie hasta allí y compró un plano de la ciudad. Luego regresó al cronomóvil.

El plano le sirvió para localizar exactamente las coordenadas del lugar al que deseaba dirigirse. Media hora más tarde, llamaba a una puerta.

Alguien abrió una rendija y le miró recelosamente.

—¿Sí?

—Abre, Mike, soy Russ.

—¡Cristo! —exclamó Mike Pequod—. ¿De dónde demonios sales? Pero ¿es que no te das cuenta que han empapelado la ciudad con tu retrato?

—Lo sé muy bien, Mike. Bueno, ¿abres la puerta o la echo abajo?

—Está bien, no te enojes… Anda, pasa y cuéntame algo

de tu vida…

—¿Tienes un trago? —preguntó Meltky, una vez dentro de Ia casa.

—Claro. Una cosa, Russ; si has venido a pedirme dinero, estás muy equivocado. Ahora, precisamente, estoy en una mala racha y no tengo más que pelusilla en los bolsillos.

Meltky se echó a reír.

—Todo lo contrario, vengo a proponerte un magnífico negocio —dijo—. De cientos de miles, de millones, Mike.

Pequod miró escéptico a su amigo y antiguo compinche.-Meltky había sido siempre un hombre dado a fantasías, más bruto que hábil y que había tenido que recurrir a la violencia en muchas ocasiones, para conseguir lo que quería, por no saber obtenerlo con métodos más suaves.

—Si tú lo dices… —contestó dubitativo.

—Lo digo y lo aseguro —exclamó Meltky rotundamente—. Oye, ¿dónde está tu mujer?

—No te preocupes por Ia gorda. Ha ido a ver a su hermana y se pasará con ella un par de semanas. Compadezco a mi cuñado; ellas se

pasarán hablando las veinticuatro horas del día… Mujeres charlatanas —refunfuñó Pequod—, No tienen sentido de la mesura…

—Basta, Mike —cortó Meltky, a la vez que se apoderaba de la botella—. Si tu mujer está ausente, mucho mejor para los dos. Necesito tus dedos.

Pequod arqueó las cejas.

—Tú sólo necesitas el índice —contestó, mordaz, refiriéndose a la costumbre de su amigo tenía de apretar el gatillo a la menor contrariedad.

—No, está vez será sin armas. —Melk Meltky se señaló la frente con el índice—. Cabeza, Mike, cabeza —añadió orgulloso.

—Si te refieres a una caja de seguridad, no conozco ninguna que no tenga una alarma… y hoy día son muy sofisticadas, poco menos que imposible de desconectar.

—Desde fuera, claro.

—Hombre, eso ni se duda.

—Pero ¿y si se actúa desde el interior?

Pequod le miró incrédulamente.

—¿Acaso te refieres a alguna bóveda blindada de algún gran Banco?

Meltky movió la cabeza repetidas veces.

—Exactamente, Mike.

«Está loco, loco de remate. A fin de cuentas, siempre fue un psicópata, con manías de grandeza», pensó Pequod.

Decidió seguirle la corriente.

—Habla —invitó, sin mostrar externamente sus sentimientos.

—Yo no te pido que abras la gran puerta de una bóveda blindada. Pero en su interior hay infinidad de cajas de seguridad, que contienen joyas muy valiosas… y esas cajas no tienen ninguna clase de alarmas. Si entras en el interior de la bóveda, sin hacer funcionar la alarma, podrás limpiar todas las cajas con la mayor tranquilidad del mundo.

—Eso sí es cierto, pero... ¿cómo vas a entrar en la bóveda de...? Por ejemplo, el Eirst Intermundial. Ahí hay dinero y joyas en cantidades inimaginables. Es el Banco más seguro del mundo, con la bóveda protegida incluso contra bombas nucleares de la máxima potencia... ¿Cómo entrarías, eh, Russ?

Meltky sonrió con aire de superioridad.

—Ese es mi secreto —contestó—. Pero todavía hay más. Mike, ¿qué te parecería el cincuenta por ciento de lo que saquemos de la bóveda del F. I.?

—¿Has dicho la mitad?

—Sí, eso he dicho.

Pequod se acarició el mentón pensativamente.

—Si me garantizas que no habrá problemas tanto a la entrada como a la salida, de acuerdo. Pero te haré una advertencia, Russ.

—Dime, Mike.

—Si algo falla, te denunciaré. Ya estás avisado.

—De acuerdo, aceptaré ese... castigo —rió Meltky—, Pero no fallaré. Y ahora, ¿no tienes algo de comer por ahí? Estoy desfallecido de hambre, ¿sabes? En el siglo XXXI dan una comida infecta.

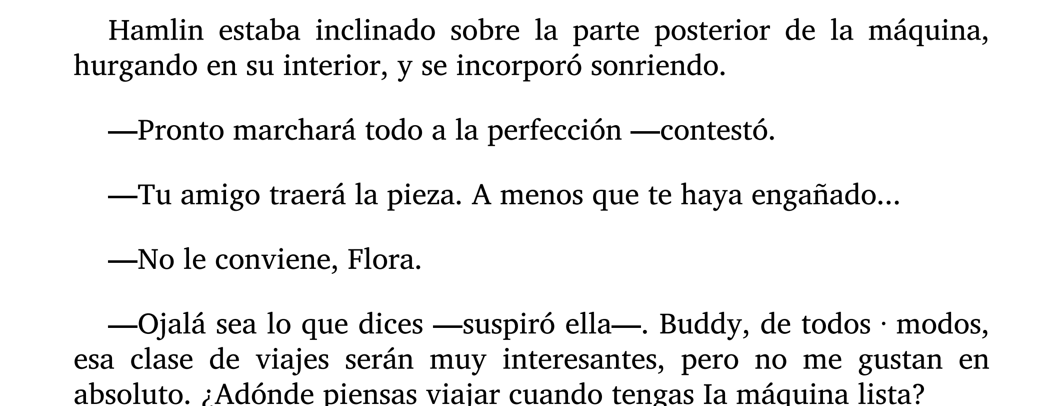
Pequod miró a su amigo con aire compasivo. No, no cabía la menor duda; Meltky estaba loco de remate. Pero le seguiría la corriente, por si acaso...

—Ahora te traeré algo de comer —respondió.

CAPITULO V

Flora se asomó al laboratorio y contempló las actividades a que se dedicaba su nuevo patrón.

—Parece que algo no marcha bien —observó.



Hamlin estaba inclinado sobre la parte posterior de la máquina, hurgando en su interior, y se incorporó sonriendo.

—Pronto marchará todo a la perfección —contestó.

—Tu amigo traerá la pieza. A menos que te haya engañado...

—No le conviene, Flora.

—Ojalá sea lo que dices —suspiró ella—. Buddy, de todos · modos, esa clase de viajes serán muy interesantes, pero no me gustan en absoluto. ¿Adónde piensas viajar cuando tengas Ia máquina lista?

—No lo sé, todavía no lo he decidido. ¿Por qué no me sugieres tú una fecha?

— ¡Horror! -—exclamó Flora—. No, en absoluto. ¿Qué quieres que te diga, Buddy?' Soy un poco supersticiosa...

En aquel momento, se oyó el timbre de la puerta.

—Debe de ser tu amigo —dijo—. Voy a abrir.

—Tráelo aquí, por favor.

Flora dejó el laboratorio, entró en la casa y se dirigió hacia la puerta. Después de abrir, contempló admirada al hombre que estaba en el umbral.

—¿Es un sueño o me han hipnotizado? —exclamó—. No existen en este mundo hombres tan guapos, es imposible.

Castle se echó a reír.

—Tú sí que eres bonita —dijo—. ¿Cómo te llamas, encanto?

—Flora Wattis, señor...

—Dan Castle, pero no me trates con ceremonias. Así que tú eres la sirvienta de mi amigo Buddy Hamlin.

Flora hizo una ligera genuflexión, a la vez que sonreía.

—A su servicio, señor Castle —contestó.

—¿Qué clase de servicios me prestarías, guapa?

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —dijo ella con sorna. Agitó una mano —. Ven por aquí, Apolo.

Castle siguió a la joven y ambos entraron en el laboratorio. Flora dijo:

—Voy a terminar de preparar Ia comida, Buddy.

—Está bien, avísanos cuando tengas la mesa lista.

Hamlin sonrió.

—Veo que has traído la pieza, Dan.

Castle se estremeció.

—El cielo me proteja si un día llegan a enterarse de que el director adjunto es un ladrón —contestó—. Me echarían encima un montón de años de cárcel…

—No te preocupes; te darán una medalla, cuando sepan que has solucionado el problema —aseguró el joven.

—Es posible que tengas razón —dijo Castle frunciendo el ceño—. El otro día no te lo quise decir, pero lo cierto es que apenas pasa un día sin que alguien nos pida una pieza nueva, de recambio, porque la original se ha quemado.

—¿Lo ves? Ahora tú, cuando vayas el lunes al trabajo, redactas un informe, dices que has solucionado el fallo y te pondrán una corona de laurel en torno a las sienes.

—Estás de broma, Buddy. Pero, en fin, si aciertas…

—Dan, la solución es enormemente sencilla. Tan sencilla como sumar dos y dos, aunque, en este caso, es preciso restar.

—Restar, ¿qué?

—Intensidad de Ia corriente.

—No se puede evitar…

—Se puede evitar. Basta intercalar un regulador de tensión. De este modo, la pieza no recibirá jamás una sobrecarga.

Castle vio un taburete cercano y se sentó de golpe.

Castle se quedó con la boca abierta. Pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Flora asomó a la puerta y anunció, con gran prosopopeya:

—Caballeros, la mesa está servida.

* * *

—Los sensores indican que estamos muy cerca del objetivo —dijo Gheeta.

—La máquina robada, claro —supuso Berr.

Gheeta se mordió los labios.

Miró a través de la burbuja transparente, dentro de la cual transcurría el tiempo con velocidad de vértigo. Afuera todo era gris, sin ninguna tonalidad, ni luz ni tinieblas, una penumbra triste, deprimente, casi fúnebre, pero eso pasaba siempre en todos los viajes temporales.

Y en su cronomóvil, no quería confesarlo, había algo que no marchaba demasiado bien.

Se preguntó qué podía ser. Todos los instrumentos emitían indicaciones fieles, sin la menor alteración. No obstante, los sensores recibían impulsos de una fuente de emisión, cuyo origen no alcanzaba a comprender del todo.

—Sí, la máquina robada —respondió al fin.

—Bueno, si encontramos la máquina el ladrón no estará muy lejos —apuntó Amkrus.

—Desde luego, pero será preciso adoptar todo género de precauciones. Ese hombre es peligroso. No debemos olvidar en ningún momento que estranguló a Dennl.

—Cada uno de nosotros tenemos una pistola paralizante —dijo Berr.

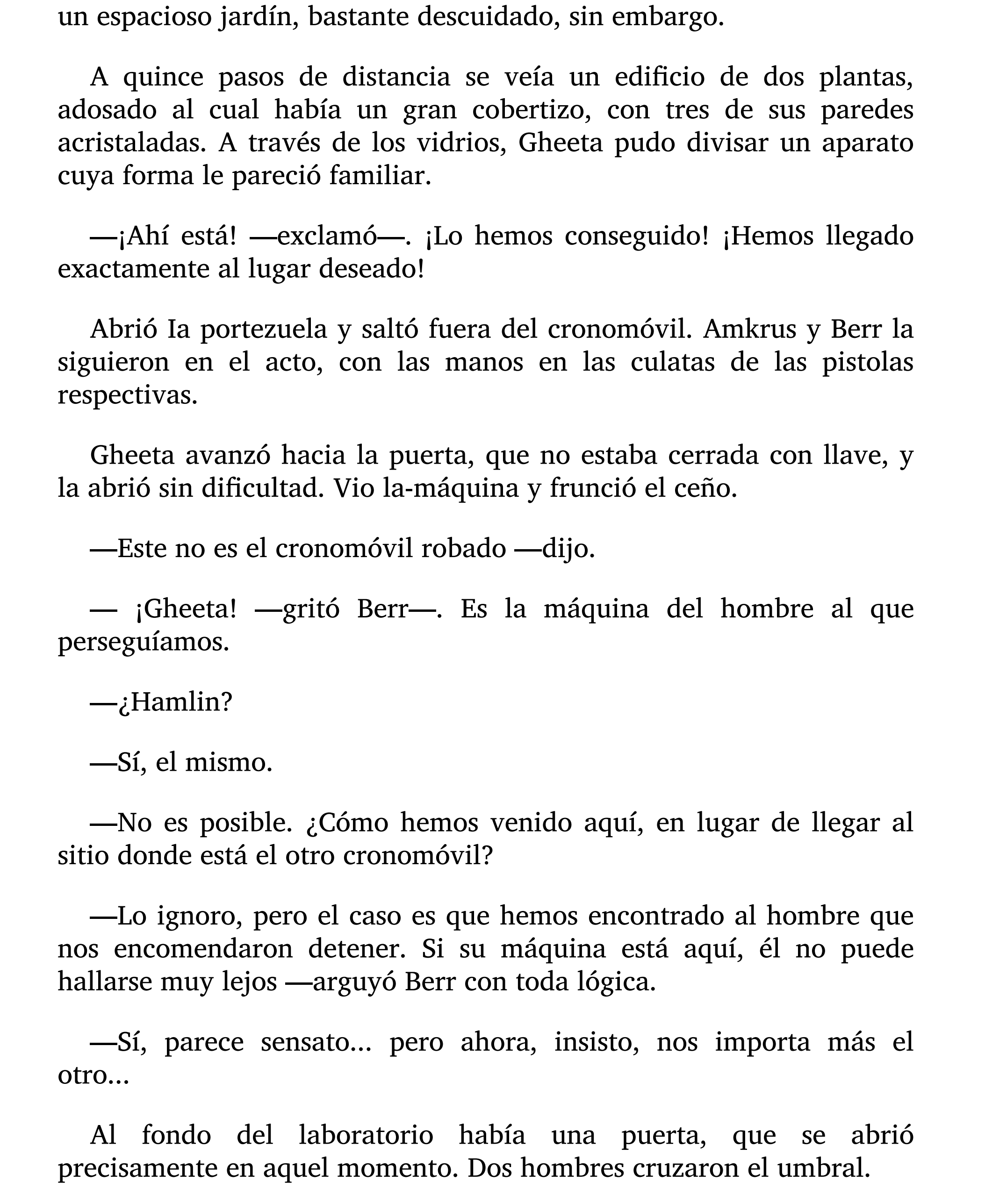
—Lo inmovilizaremos apenas le pongamos el ojo encima —aseguró el otro.

El color gris se hizo más claro.

—Estamos llegando —anunció Gheeta.

—¡Atención! —dijo ella.

Medio minuto más tarde, todos cerraron los ojos, deslumbrados por la claridad que llegaba desde el exterior. Al cabo de unos momentos, Gheeta miró a su alrededor y vio que se encontraban en el centro de un espacioso jardín, bastante descuidado, sin embargo.



A quince pasos de distancia se veía un edificio de dos plantas, adosado al cual había un gran cobertizo, con tres de sus paredes acristaladas. A través de los vidrios, Gheeta pudo divisar un aparato cuya forma le pareció familiar.

—¡Ahí está! —exclamó—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos llegado exactamente al lugar deseado!

Abrió Ia portezuela y saltó fuera del cronomóvil. Amkrus y Berr la siguieron en el acto, con las manos en las culatas de las pistolas respectivas.

Gheeta avanzó hacia la puerta, que no estaba cerrada con llave, y la abrió sin dificultad. Vio la-máquina y frunció el ceño.

—Este no es el cronomóvil robado —dijo.

— ¡Gheeta! —gritó Berr—. Es la máquina del hombre al que perseguíamos.

—¿Hamlin?

—Sí, el mismo.

—No es posible. ¿Cómo hemos venido aquí, en lugar de llegar al sitio donde está el otro cronomóvil?

—Lo ignoro, pero el caso es que hemos encontrado al hombre que nos encomendaron detener. Si su máquina está aquí, él no puede hallarse muy lejos —arguyó Berr con toda lógica.

—Sí, parece sensato... pero ahora, insisto, nos importa más el otro...

Al fondo del laboratorio había una puerta, que se abrió precisamente en aquel momento. Dos hombres cruzaron el umbral.

—Te lo repito. Dan —decía Hamlin en aquel momento—. Mi máquina puede viajar a través del tiempo y, si lo dudas, puedo hacerte una prueba.

—No me embarcaré yo en ese cacharro —respondió Castle recelosamente—. Podría explotar...

—Vamos, vamos, pareces un niño. ¿Es que no confías en mí?

Castle no le hizo caso. Sus ojos estaban fijos en las tres personas que se divisaban al fondo, dos de las cuales empuñaban sendas pistolas de forma muy extraña.

—Buddy —dijo Castle lentamente—, creo que debemos aplazar la discusión. Tienes visita.

* * *

Hamlin se volvió y lanzó una exclamación de asombro al ver a los intrusos. Inmediatamente reconoció a los dos hombres.

—¡Ellos! —exclamó.

—¿Los conoces? —preguntó Castle, quien, prudentemente, había levantado ya las manos.

—Me persiguen desde el siglo XXXI. Al fin han dado conmigo —respondió el joven amargamente,- también con las manos en alto.

Gheeta se volvió hacia sus acompañantes.

—¿Cuál de ellos es el del caso 22-P? —preguntó.

—El más bajo —indicó Berr a media voz.

—Muy bien, sigan encañonándoles. —Elevó el tono—. Si no se mueven, no les ocurrirá nada —manifestó.

—¿Qué quieren de mí? —exclamó Hamlin en son de protesta—. Sí, viajé a su época, pero no hice nada, salvo curiosearlo todo y hablar con algunas personas... No robé, no maté, no me apropié de nada ajeno... Por tanto, ¿qué autoridad tienen unos policías del siglo XXXI para detener a un hombre del siglo XXII?

—¿Hablas en serio, Buddy? —preguntó Castle, estupefacto.

—Completamente en serio —dijo el joven de mal talante—. Esos dos tipos son los encargados de capturarme. A ella no la conozco.

—Soy Gheeta Oovid —se presentó la mujer—. Agente 144-N-6 de la Jefatura de Viajes Temporales, con autorización para arrestar a todo el que haya quebrantado las leyes al respecto.

—Eso podrá suceder en su época, pero no en la nuestra —alegó Hamlin.

—La J. V. T. tiene facultades para arrestar a cualquier delincuente, en toda época, siempre que haya quebrantado las leyes de la nuestra —contestó Gheeta orgullosamente.

Castle movió una mano tímidamente.

—Oigan, ¿y se lo van a llevar con ustedes… al siglo XXXI?

—Así es —confirmó Gheeta.

De pronto, Berr se acercó a la mujer y le dijo algo al oído.

Gheeta escuchó con atención unos instantes. Luego frunció el ceño.

—Quizá tengas razón —murmuró.

—Sería lo mejor —aseguró Berr—. A fin de cuentas, este hombre no se llevó nada de importancia, salvo informes que ningún daño pueden causarnos.

—Eso habría que discutirlo mucho, pero, en efecto, el otro ha provocado perjuicios infinitamente superiores.

Hamlin sintió que se le agotaba la paciencia.

—¿Se puede saber de qué están hablando? ¿Es que el más interesado en la cuestión, es decir, yo, no tiene nada que decir?

Gheeta no pudo contestar. Una voz de mujer sonó inesperadamente en la entrada del laboratorio:

—Señora, caballeros, esto que tengo en las manos es un viejo rifle construido a finales del siglo XIX, pero que funciona tan bien como hace trescientos años. Dispara balas de plomo, por combustión de una sustancia llamada pólvora, y si no tiran sus armas inmediatamente

van a tener ocasión de comprobar su funcionamiento de una forma muy dolorosa.

CAPITULO VI

Hamlin lanzó una exclamación de asombro al reconocer el rifle que estaba colgado como adorno sobre la repisa de la chimenea del ladrón. Flora empuñaba firmemente el arma y parecía dispuesta a utilizarla.

—Háganle caso —aconsejó Castle, con los ojos puestos en Gheeta —. Es un arma muy dañina y sus proyectiles causan unos destrozos terribles en el organismo humano.

—Sabemos cómo funcionan las armas antiguas —dijo Gheeta secamente—. Dejen caer las suyas, muchachos —ordenó.

Amkrus y Berr obedecieron con no poco alivio. Hamlin se precipitó a recoger las pistolas caídas en el suelo.

—¿Qué clase de proyectiles disparan? —preguntó.

—Paralizantes instantáneos —repuso Gheeta malhumoradamente.

—No está mal. Un arma humanitaria... pero eso no va a impedir que yo siga viviendo en mi época, señora.

Castle avanzó unos pasos y se detuvo delante de la arrogante morena. Gheeta era muy bella y su figura se mostraba casi como si no llevase ropa encima. Aunque llevaba sólo unos zapatos de medio tacón, resultaba muy alta, más incluso que su amigo Hamlin.

—Señora, sin ánimo de impedir su misión, creo que lo mejor que podríamos hacer es discutir la cuestión objetivamente, con toda imparcialidad, sin prisas. ¿No te parece, Buddy?

—Estoy de acuerdo contigo, Dan -—accedió el interpelado.

Castle hizo un gesto con la mano.

—Flora, baja el rifle, por favor. Esta hermosa dama y sus

acompañantes ya no pueden hacernos ningún daño. —Galantemente, ofreció el brazo a Gheeta—. ¿Quiere hacerme el honor de acompañarme, señora?

Gheeta sonrió, visiblemente halagada. Hamlin cambió una mirada con Flora y los dos sonrieron.

Dejó las pistolas en un armario, cerró con llave y guardó ésta. Después se acercó a los dos hombres.

—Ustedes también, por favor, no faltaría más —invitó.

Berr y Amkrus echaron a andar. Hamlin se acercó a Flora.

—Dame el rifle, preciosa; voy a dejarlo en su sitio. ¿Quieres servir el café y los licores?

—Sí, con mucho gusto, Buddy.

Hamlin oprimió cariñosamente el brazo de la joven.

—No lo digas a nadie —murmuró—, pero el rifle no funciona.

—Ya lo sabía, pero ellos lo ignoraban —contestó Flora, riendo maliciosamente.

Minutos más tarde, estaban enterados de la misión que había traído a Gheeta y sus acólitos al siglo XXII. Entonces, Castle dijo:

—Voy a hacerles una proposición. Ustedes dejan libre a mi amigo y cancelan la operación, a cambio de la ayuda que nosotros les prestaremos para encontrar a Meltky. A fin de cuentas, Buddy no se llevó nada ni causó el menor daño a nadie. Es un hombre consciente y sabedor de los problemas que puede producir un cronomóvil mal utilizado. En cambio, Meltky ha asesinado a una persona y robado una máquina del tiempo, y eso sí es delito, en cualquier lugar y cualquier época. ¿Les parece bien?

—Eso es Gheeta quien tiene que decidirlo —contestó Amkrus.

Flora se movía por la estancia, llenando tazas y copas.

—Pues que se decida pronto; aquí no estamos para perder el tiempo, ¿no es verdad, Buddy? —exclamó.

—Sí, queremos saber la respuesta cuanto antes —concordó el joven.

—¿Están seguros de poder ayudarnos? —preguntó Gheeta.

—Absolutamente —repuso Castle.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Gheeta dijo:

—Tengo cierta influencia en la J. V. T. Creo que podré cancelar la misión 22-P.

—Bueno, pero, ¿por qué tanto empeño en detenerme?. —quiso saber Hamlin, todavía desconcertado en este aspecto.

—Tu llegada planteó serios problemas al gobierno...

—Política, ¡Puah! —dijo Flora despectivamente—. Vamos a ver, ¿por qué no toma una decisión, señora? Aunque me esté mal el decirlo, yo podría ayudarles mucho en su tarea.

—¿Quiere decir que usted podría conseguir que encontrásemos a Meltky?

—Tengo conocimientos —repuso la muchacha, con los ojos fijos en Hamlin—. Sí, puede que me cueste un poco, pero creo que, al fin, conseguiré averiguar el sitio donde se esconde ese pajarraco.

* * *

En aquellos momentos, Meltky, con Pequod, se hallaban en el interior de una bóveda blindada.

Pequod miró maravillado a su alrededor. Lo que estaba sucediendo le parecía un sueño.

El lugar era inexpugnable. Una explosión nuclear habría podido destruir el edificio, arrasar la ciudad entera, borrar todo signo de vida en cientos de kilómetros a la redonda, pero la bóveda blindada del First Intermundial habría resultado incólume.

Y ellos estaban en el interior, en el centro de un lugar donde se guardaban tesoros inimaginables.

—¿Có... cómo lo has conseguido, Russ? —preguntó, cuando al fin se hubo repuesto en parte de la impresión recibida.

—Verás... —Meltky carraspeó, simulando modestia—. Con este cacharro —señaló al cronomóvil junto al cual se hallaban—, no habríamos podido encontrar jamás, por métodos ordinarios. Ahora bien, yo lo hice viajar sólo a unos minutos hacia el pasado, por métodos ordinarios, justo cuando acababan de cerrar la caja del Banco que, como sabes, ya no se abrirá hasta mañana a las nueve. Al mismo tiempo, hice funcionar el mando de traslación en el espacio. Y así, con toda facilidad, hemos llegado al objetivo.

Pequod contempló su reloj.

—Iniciamos el viaje a las tres y media. Ahora son...

—Fuera, las tres y treinta y cinco minutos. Para nosotros son las tres y quince. Pero eso no importa; luego, cuando vayamos a salir, volveremos a nuestro horario normal. Vamos, al trabajo; no te quedes ahí pasmado. Tenemos mucho que hacer todavía.

Pequod asintió y se acercó a uno de los muros, cubierto enteramente por cajas de alquiler, cada una con su llave. Había llevado consigo varias llaves vírgenes y los elementos necesarios para fabricar las apropiadas.

—Creo que podré construir un par de llaves maestras —dijo, mientras ponía manos a la obra.

—Merece la pena; puedes llevarte de aquí fácilmente varios cientos de millones —contestó Meltky—, Y yo otro tanto, naturalmente. No tengas prisa, tenemos de tiempo hasta mañana a las nueve, pero tampoco te duermas.

—Antes de una hora, creo, estaré en disposición de empezar a abrir las cajas —aseguró Pequod rotundamente. -

—Y yo, mientras tanto, voy a ver si almaceno unos cuantos paquetitos de estos billetes tan apetitosos.

El dinero en papel moneda estaba apilado en fajos, situados en largos estantes. Con un saquete de lona en la mano izquierda, Meltky empezó a recorrer las estanterías, eligiendo cuidadosamente el dinero. Los billetes de inferior denominación eran lanzados al suelo desdeñosamente.

—Bah, papeles sin valor —dijo, riendo desaforadamente.

Sólo guardaba billetes de cien dólares para arriba. En un cuarto de

hora, reunió mil fajos de billetes de cien, cuatrocientos de quinientos y doscientos de mil. Hizo un cálculo rápido.

De pronto, se oyó un ruido sordo. Pequod volvió vivamente la cabeza.

—¡Cristo! ¿Qué te ha pasado, Russ?

Meltky yacía en el suelo, terriblemente pálido, con los ojos cerrados y sin apenas respirar. Pequod corrió hacia él y le dio unas palmadas en la cara.

—Despierta... Vamos, socio, abre los ojos... Contéstame, hombre. No me dejes solo aquí; yo no sabría manejar ese maldito cacharro...

Meltky lanzó un profundo suspiro.

—Ha sido la impresión... ¿Has traído algo de beber, Mike?

—Sí, claro... Ahora mismo te daré un vasito de coñac...

Pequod fue a la mochila donde habían traído algunas provisiones, previendo permanecer tal vez más tiempo del calculado, sacó un frasquito de metal y corrió de nuevo junto á su compinche.

—Anda, bebe... Menudo susto me has dado, socio; te has caído redondo...

Melk Meltky se sentó en el suelo y sonrió.

—Muchacho, uno está acostumbrado a muchas cosas, pero no siempre puede alardear de tener setenta millones en las manos —contestó, a la vez que daba varias palmadas en los dos sacos que había llenado con los billetes.

—Rayos, setenta millones.

—Así, como suena. Vamos, Mike, vuelve a tu trabajo. Todavía tenemos que vaciar las cajas fuertes.

—Sí, claro... —De repente, Pequod se sintió aprensivo—. Oye, ¿y no sería mejor conformarnos con lo que ya tenemos? Las joyas pueden ponernos en un compromiso...

—¡No seas estúpido! —bramó Meltky—. Hemos venido a vaciar este maldito Banco y lo vamos a dejar tan limpio como un niño de pecho recién bañado. Anda a lo tuyo y no te preocupes de más.

En aquella brutal respuesta había una buena parte de odio a la sociedad, adivinó Pequod. Pero no le importó demasiado; en cuanto hicieran el reparto, se marcharía con el botín muy lejos y Meltky no volvería a verle más en la vida, se propuso.

. Dos horas más tarde, empezaron a abrir cajas de alquiler.

Torrentes de joyas de todas clases caían en los sacos que habían llevado a prevención. Meltky, seguro de no ser oído, chillaba y gritaba, enloquecido de placer. Había también muchos billetes, pero los tiraba al suelo, lo mismo que los documentos privados y objetos de otra clase que sólo tenían valor para los dueños. Cuando terminaron, tenían dos enormes sacos repletos de joyas hasta la boca.

—Bueno, es hora de que nos larguemos —dijo.

Fue una tarea ímproba llevar ¡os sacos hasta el cronomóvil. Pesaban muchísimo, casi ciento cincuenta kilos cada uno, pero, al fin, quedaron situados en el espacio que había tras los asientos. Los sacos con los billetes quedaron encima.

A continuación, Meltky y Pequod ocuparon los sillones. El primero hizo funcionar las coordenadas de tiempo, a la vez que empuñaba Ia palanca de desplazamiento espacial.

El cronomóvil tenía que moverse apenas señalada la última cifra, pero no pasó nada.

Meltky lanzó una interjección, frunció el ceño y repitió las operaciones. Todo continuó igual.

Pequod miró a su alrededor. El interior de la bóveda ofrecía un aspecto espantoso.

—Russ, no nos movemos de aquí —dijo tímidamente.

—Ya lo sé, imbécil. ¿Crees que estoy ciego?

Por tercera vez, Meltky repitió la misma operación, con idéntico resultado. Furioso, movió la palanca de traslación en todos los sentidos, sin que se apreciara el menor cambio en la situación del cronomóvil.

De pronto, Pequod lanzó una exclamación de alarma.

—¡Russ, mira!

En el cuadro de mandos se había encendido una luz roja, que oscilaba con intermitencias cada vez más frecuente.

—¡Una señal de alarma! —gritó Pequod—. ¡Desconecta, desconecta, Russ!

Meltky paró el aparato. La luz roja se apagó.

Durante un largo minuto, hubo un profundo silencio en el cronomóvil. Pequod miraba ansiosamente a su compinche, quien parecía sumido en profundas reflexiones.

Bruscamente, Meltky chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —dijo.

—¿Sí? —preguntó el otro con un hilo de voz.

—Maldita sea... Peso excesivo, Mike, eso es todo. Vamos a tener que deshacernos de lastre, aunque no nos guste.

—Bueno, con tal de que saquemos por lo menos cien de los grandes, me conformo, Russ.

Meltky le dirigió una mirada cargada de desprecio. «Siempre será un cobarde», pensó. Pero le necesitaba.

—Mira, Mike, vamos a hacer una cosa. Está claro que el peso es excesivo, lo menos cuatrocientos kilos. Iremos tirando joyas y haciendo la prueba de arranque de cuando en cuando. AI fin, este maldito chisme se pondrá en marcha y de este modo sabremos cuánto puede cargar.

—No está mal pensado —aprobó Pequod—. Oye, Russ, perdona, pero quiero decirte algo. Las joyas comprometen mucho. Los billetes son mucho mejor, ya que no ocupan tanto espacio...

—Dejaremos aquí lo mínimo, es decir, todo lo que no podamos llevarnos —decidió Meltky.

La operación de descarga duró más de una hora, entre soltar «lastre» y realizar pruebas de arranque. Al final, tuvieron que deshacerse de casi todas las joyas, aunque Meltky pudo llevarse unos cuantos collares de brillantes y de perlas.

—Ahora ya lo sabemos —dijo—. Cuando estemos en lugar seguro, pesaremos el botín. Así podremos calcular justamente lo que podemos

llevarnos la próxima vez.

—Ah, pero... ¿habrá próxima vez, Russ?

—Claro que sí, hombre —rió Meltky—, Voy a dejar los Bancos más importantes del país tan pelados como el trasero de un recién nacido. La próxima vez, acuérdate de traer una balanza, ¿entendido?

—Sí. Russ.

«La próxima vez, vendrá tu tía», se dijo Pequod.

Y cuando se vio en lugar seguro, fuera de la bóveda del Banco, no pudo por menos de lanzar un inacabable suspiro de alivio.

CAPITULO VII

—No está mal —dijo Gheeta—. Para ser un cronomóvil construido en el siglo XXII, está bastante bien. Aceptable, en suma.

Hamlin procuró ocultar el disgusto que le merecía la opinión de la hermosa morena.

—Bueno, es preciso tener en cuenta que voy nueve siglos más retrasado que vosotros. Pero lo mismo ocurrió cuando se inventó la primera máquina de vapor. Luego se perfeccionaron muchísimo y...

—Sí, sí, lo sé muy bien. De todas formas, harás bien en no usar el cronomóvil.

—¿Por qué?

—Ahora estáis en una época... No sé cómo explicarme... Mira, Buddy, imagínate que estás en plena Edad Media. ¿Qué habría pasado entonces, si alguien hubiera salido a la calle, tripulando una locomotora de vapor? Lo habrían quemado por brujo, ¿verdad?

—¿Quieres decir que mis... coetáneos serían capaces hoy día de asarme vivo en un montón de leña? —se asombró el joven.

—No, no es eso. Sólo hablé en metáfora, claro. La gente de hoy día

está predispuesta a creer en cualquier adelanto científico, pero si se trata de una innovación, alguno podría sentirse tentado a utilizarlo en mal sentido. Tú no Io consentirías y... Bueno, imagínate los problemas que esto podría acarrearte.

Hamlin entornó los ojos.

—Diñase que me estás aconsejando que destruya mi máquina —rezongó.

—Quizá tenga que pedírtelo en otro momento. Ahora, no, desde luego —contestó Gheeta.

—Estás muy equivocada, si piensas que voy a destruir...

Castle entró en aquel momento, con una bandeja en las manos.

—¡Alto el trabajo! —exclamó—. Es hora de tomar un refresco. ¿Gheeta?

La joven sonrió.

—¿Tiene alcohol?

—No, desde luego. Ya sé que no lo pruebas y a mí nunca me ha gustado que nadie haga algo contra su voluntad, y menos si es una mujer bonita.

—Buddy, tú y yo sí tomaremos un traguito, ¿verdad?

—Desde luego —aceptó el joven maquinalmente, preocupado por las palabras de Gheeta.

—Dan, ¿dónde están mis acompañantes? —preguntó ella.

Castle movió la cabeza hacia la puerta interior del laboratorio.

—En la sala, pasándolo bomba —contestó—. Están viendo por televisión una película del viejo Oeste. Disfrutan como niños, créeme.

—Violencia, ¿verdad? En nuestra época, no hay violencia —dijo Gheeta despectivamente.

—En eso te equivocas —exclamó Hamlin.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? Estuviste allí, jamás presenciaste el menor acto violento; todo el mundo es atento, cortés, amable...

—Yo hablo de otra clase de violencia, la que se ejerce sobre las mentes —puntualizó el joven.

—¿Lavado de cerebro? —apuntó Castle.

—Algo por el estilo, Dan.

—No entiendo... —empezó a decir Gheeta, pero Castle la interrumpió antes de que terminase su frase.

—Dejemos la discusión por ahora. Flora se marchó esta mañana muy temprano y aún no ha vuelto. ¿No tienes noticias suyas, Buddy?

Hamlin señaló con la mano hacia el jardín. —Ahí regresa —exclamó.

* * *

Con aire de sentirse muy fatigada, Flora se derrumbó sobre el diván de la sala y estiró las piernas. Hamlin puso en su mano una copa de coñac.

—Gracias. Buddy... Uf, estoy molida... He dado más patadas a las calles en estas horas, que antes en todo un año...

—¿Qué sabes de Meltky? —preguntó Gheeta.

—Nada. Bueno, según se mire... Sé que estuvo a buscarme. He podido averiguar que estuvo en la casa donde yo vivía hasta que lo detuvieron tus hombres. Por lo visto, cree que le traicioné y quiere vengarse.

—No se atreverá —dijo Hamlin vivamente—. He reparado el rifle y ahora funciona perfectamente. Si se atreve a asomar la nariz por mi casa, le volaré los sesos de un tiro.

—¿Ves? —exclamó Gheeta—. Violencia, siempre violencia. ..

Hamlin soltó un bufido.

—Sólo empleamos la violencia contra los que la utilizan como medio de vida —se defendió—. Pero, en lo demás, somos completamente libres.

—Buddy, por favor, dejémonos de filosofías y escuchemos a Flora —rogó Castle.

—Está bien. Sigue, Flora.

—Hay otras noticias de Meltky y, me parece, no son buenas —contestó la aludida—. Ayer por la tarde fue asaltado el First Intermundial. Los ladrones se llevaron nada menos que setenta millones en billetes y algo así como un par de millones en joyas. La bóveda acorazada no había sido forzada, ni tampoco funcionaron los ultrasofisticados sistemas de alarma, pero el interior ofrecía un aspecto espantoso. Todas las cajas de alquiler fueron abiertas, aunque los ladrones apenas si se llevaron un puñado de joyas, abandonando sobre el terreno una fortuna incalculable. En el Banco va a haber durante muchos días tremendas jaquecas... Bueno, lo más interesante de todo es que los policías encargados de la investigación han encontrado las huellas dactilares de dos de los hombres que intervinieron en la operación. Y, según se cree, fueron sólo dos y uno era, no hay duda, Russ Meltky.

—Meltky —repitió Hamlin—, ¿Ese bruto ha sido capaz de forzar la caja del First?

—¿No es posible que lo haya hecho él? —preguntó Castle.

—No, en absoluto. Precisamente yo intervine como ayudante cuando se hicieron los planos para esa bóveda —dijo el joven—. La puerta, lógicamente, es de apertura a tiempo y no podría romperla siquiera una explosión atómica. Cuando se cierra, dos guardianes, acompañados de dos de los altos cargos del Banco, recorren el interior de la bóveda, para cerciorarse de que nadie se queda escondido. Por tanto, Meltky no pudo recurrir a este procedimiento... Además, habría sido visto al salir, por la mañana, cuando se abriese la puerta.

—Creo que yo ya sé cómo lo hizo —dijo Gheeta de pronto.

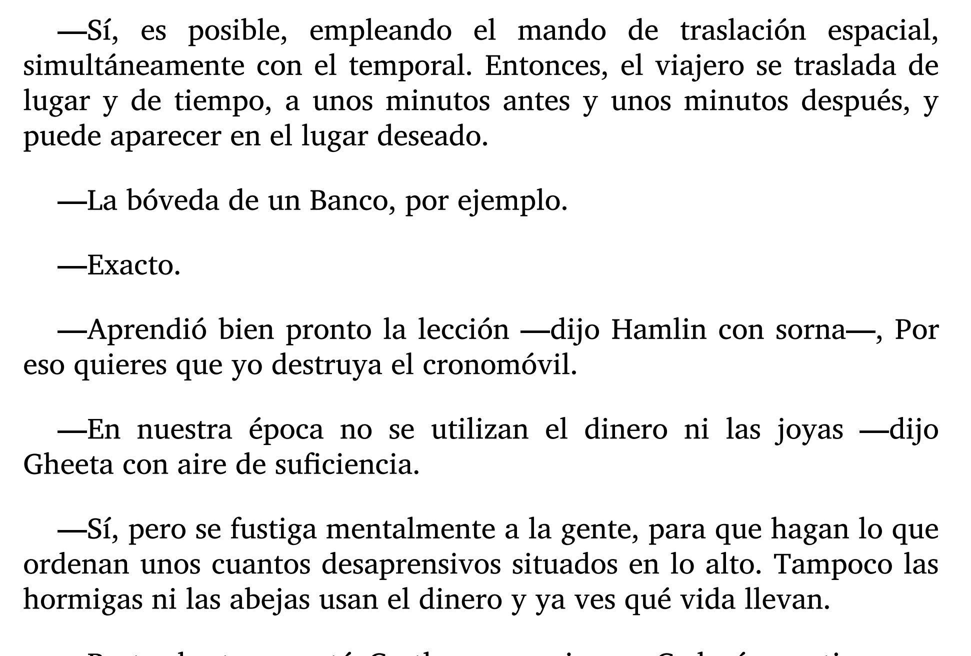
Todos se volvieron hacia ella. La joven meditó unos instantes y luego aclaró:

—Ha usado el cronomóvil.

—¿Es eso posible? —exclamó Castle.

—Yo no creo que...

Hamlin no pudo seguir.



—Sí, es posible, empleando el mando de traslación espacial, simultáneamente con el temporal. Entonces, el viajero se traslada de lugar y de tiempo, a unos minutos antes y unos minutos después, y puede aparecer en el lugar deseado.

—La bóveda de un Banco, por ejemplo.

—Exacto.

—Aprendió bien pronto la lección —dijo Hamlin con sorna—, Por eso quieres que yo destruya el cronomóvil.

—En nuestra época no se utilizan el dinero ni las joyas —dijo Gheeta con aire de suficiencia.

—Sí, pero se fustiga mentalmente a la gente, para que hagan lo que ordenan unos cuantos desaprensivos situados en lo alto. Tampoco las hormigas ni las abejas usan el dinero y ya ves qué vida llevan.

—Basta, basta —cortó Castle, persuasivo—. Cada época tiene sus costumbres y nosotros no vamos a alterar las del siglo XXXI. Ahora nos enfrentamos con un problema inmediato, que es el de localizar a Meltky, para recuperar el cronomóvil robado. ¿Tienes alguna idea al respecto, Gheeta?

—Francamente, no. Me siento desconcertada…

—¿Y tu propio cronomóvil? —preguntó Hamlin—. ¿No dispone de sensores que permitan localizar otro en distinta época?

—Son muy imperfectos y de muy corto radio de acción. Todo lo más, alcanzan a quinientos metros. Sólo si tuviéramos a Meltky dentro de un círculo de ese radio, podríamos localizarlo de forma efectiva.

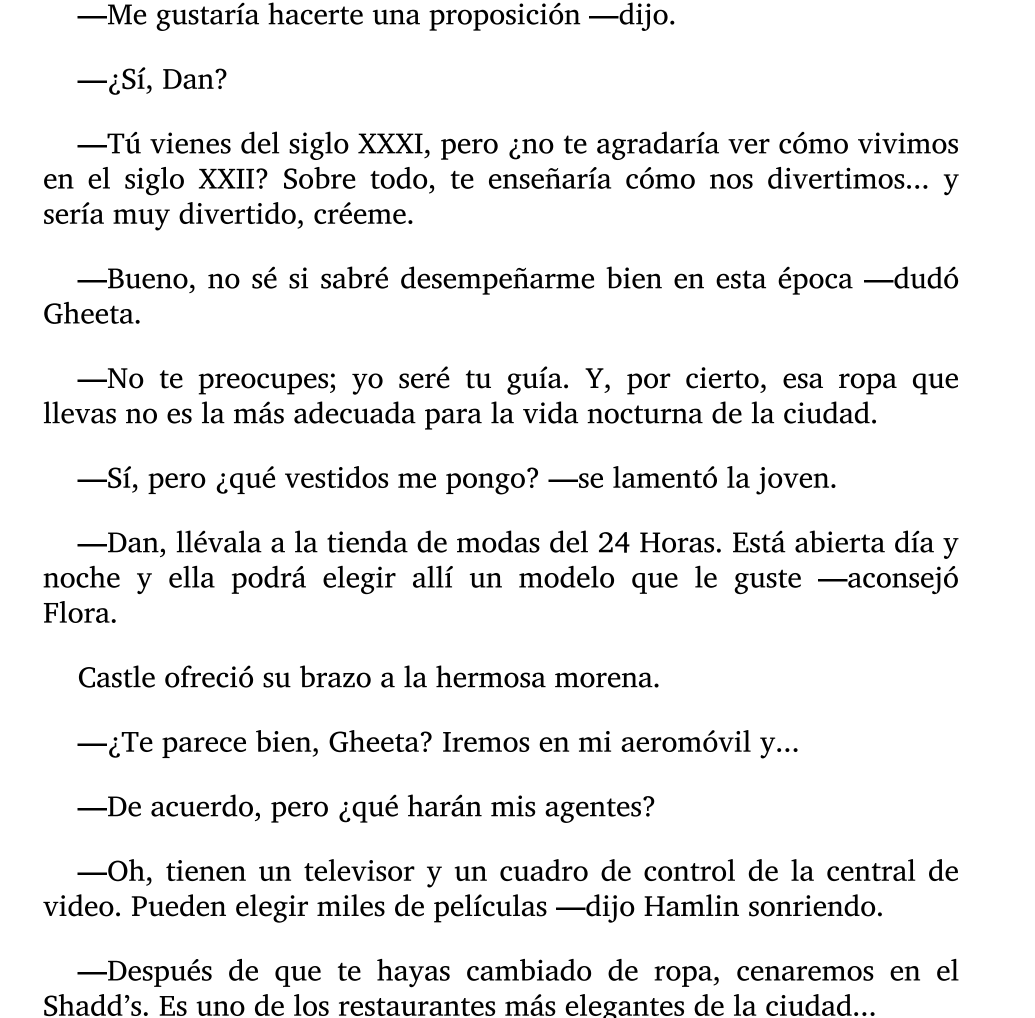
—Naturalmente, no podemos recurrir a la policía —dijo el joven—. Flora, ¿se te ocurre alguna idea?

—Sí. Primero voy a tomar un baño; estoy agotada. Luego me esforzaré en hacer la cena…

—No te preocupes, eso queda de nuestra cuenta. Descansa, te conviene de veras.

—Gracias, Buddy. Mañana seguiré investigando.

—Y yo te acompañaré si no tienes inconveniente.



Castle se acercó a Gheeta.

—Me gustaría hacerte una proposición —dijo.

—¿Sí, Dan?

—Tú vienes del siglo XXXI, pero ¿no te agradaría ver cómo vivimos en el siglo XXII? Sobre todo, te enseñaría cómo nos divertimos… y sería muy divertido, créeme.

—Bueno, no sé si sabré desempeñarme bien en esta época —dudó Gheeta.

—No te preocupes; yo seré tu guía. Y, por cierto, esa ropa que llevas no es la más adecuada para la vida nocturna de la ciudad.

—Sí, pero ¿qué vestidos me pongo? —se lamentó la joven.

—Dan, llévala a la tienda de modas del 24 Horas. Está abierta día y noche y ella podrá elegir allí un modelo que le guste —aconsejó Flora.

Castle ofreció su brazo a la hermosa morena.

—¿Te parece bien, Gheeta? Iremos en mi aeromóvil y…

—De acuerdo, pero ¿qué harán mis agentes?

—Oh, tienen un televisor y un cuadro de control de la central de video. Pueden elegir miles de películas —dijo Hamlin sonriendo.

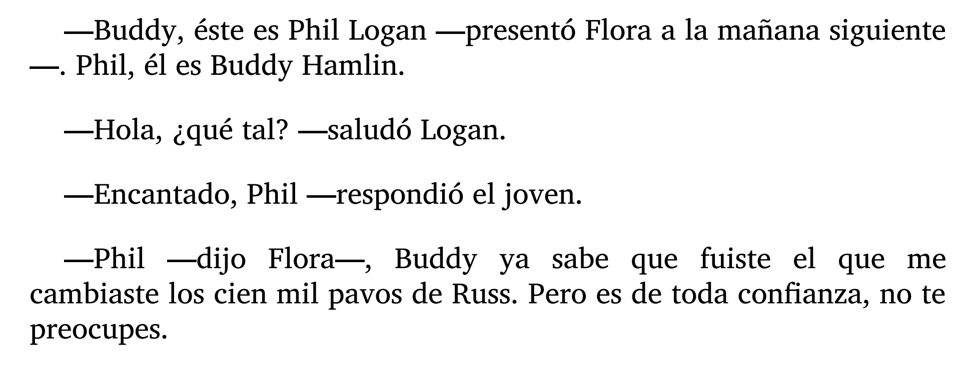
—Después de que te hayas cambiado de ropa, cenaremos en el Shadd's. Es uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad…

La voz de Castle se perdió cuando salían de Ia casa. Hamlin se volvió hacia la muchacha.

—Flora, anda, ve al baño. Cuando hayas salido, tendrás la cena lista.

—Gracias, Buddy, eres un buen chico —contestó ella.

* * *



—Buddy, éste es Phil Logan —presentó Flora a la mañana siguiente —. Phil, él es Buddy Hamlin.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Logan.

—Encantado, Phil —respondió el joven.

—Phil —dijo Flora—, Buddy ya sabe que fuiste el que me cambiaste los cien mil pavos de Russ. Pero es de toda confianza, no te preocupes.

—Sé mantener la boca cerrada —aseguró Hamlin, con los ojos fijos en aquel menudo hombrecillo, de nariz ganchuda y mirada astuta.

Logan se hallaba detrás del mostrador de una tienda en la que se arreglaban relojes y pequeños aparatos domésticos. Hamlin sabía ya que el local no era sino la tapadera de otros negocios no tan honestos.

También estaba enterado de que la policía cerraba los ojos muchas veces, a cambio de informaciones facilitadas por Logan. En realidad, no había amistad entre Flora y el sujeto, sino solamente una relación de interés recíproco, que había durado muy poco.

—Buscamos a Russ, Phil —dijo ella sin vacilar.

Logan se encogió de hombros.

—No me lo preguntes a mí. No sé nada —repuso.

—Ya me lo imagino, Pero tú tienes contactos por muchos sitios. Avísame cuando sepas algo, ¿eh?

—Russ se ha metido en un asunto muy peligroso. No me explico cómo ese animal pudo vaciar las arcas del Eirst. Es tan bruto que mete siempre la llave al revés en la cerradura.

—Esta vez acertó, no hay duda, Phil. ¿Cuánto cobrarás por tus servicios?

—El First ha prometido una recompensa colosal para el que dé una buena pista de Russ —contestó Logan.

Flora miró al joven desalentadamente.

—No podemos competir con el Banco. Yo sólo tengo unos treinta mil…

—Pero podemos hacer otra cosa —propuso Hamlin.

—A ver, habla.

—Nosotros encontramos a Meltky, gracias a los informes de Logan. Luego se lo ponemos en sus manos y él cobra la recompensa íntegramente.

—¿Qué te parece, Phil? —consultó la muchacha.

—¿Me vais a traer aquí a ese energúmeno? —se asustó Logan.

—Bueno, si lo prefiere, podemos hacerlo de otro modo. Cuando hayamos hablado con él, lo dejaremos bien atadito, de modo que no pueda escapar. Yo le telefoneo a usted, usted telefonea a la policía y... ¿Es un buen plan? —dijo Hamlin.

—Trato hecho —accedió Logan—. Flora, no te dejes cegar por la recompensa y luego me dejes colgado. Te costaría muy caro, créeme.

—Phil, nunca dejo de cumplir una promesa —aseguró ella rotundamente.

—Adiós, Phil —dijo Hamlin, a la vez que empujaba a Flora a la calle—. ¿Crees que Logan conseguirá algo? —preguntó, al encontrarse en el exterior.

Flora lanzó un suspiro.

—Si no lo consigue él, nadie lo conseguirá —respondió.

Un par de minutos más tarde, un hombre entró en la tienda y se apoyó en el mostrador con aire negligente.

—Phil, ¿qué diablos querían esos dos? —preguntó.

—Nada. Ella trajo un reloj a arreglar —respondió Logan.

Chayd Ellart sacó una navaja y empezó a limpiarse las uñas.

—Ella fue la chica de Meltky durante un tiempo. Sin duda lo está buscando, Phil.

—¿Por qué lo tendría que buscar? Ahora tiene otro hombre, el chico que iba con ella...

—Phil, no me engañes. Flora anda buscando a Russ. El asunto del

First ha hecho mucho ruido. Nadie comprende cómo consiguió ese idiota entrar en la bóveda, pero el caso es que lo hizo. A nosotros nos interesa copiar el procedimiento, ¿comprendes?

—Chayd, yo no sé nada —dijo Logan, muy asustado, porque conocía no sólo a su interlocutor, sino también a sus amigos.

—Bien, bien, Phil, no tienes ganas de hablar, ya se ve. Bueno, ahora yo iré a ver al jefe y le contaré lo que me has dicho. Es probable, en efecto, que no sepas dónde está ese bastardo de Russ, pero acabaré por saberlo. En cuanto tengas noticias suyas, telefonea al jefe, ¿eh?

—¿A Duke Rickston? —preguntó Logan con voz muy débil.

—¿Hay otro jefe? —sonrió Ellart.

Era una sonrisa demoníaca. Logan conocía su fama. Los rumores mejor intencionados decían que nadie había podido contar el número de víctimas de aquel despiadado sujeto.

—Está bien —contestó, con cierta vivacidad—. De acuerdo, no le diré nada a ella y se lo comunicaré a tu jefe, apenas sepa algo.

Ellart se separó del mostrador.

—Duke sabe mostrarse agradecido con los buenos amigos —se despidió.

«Agradecido, un cuerno», pensó Logan.

Y como se sentía muy asustado, hizo el equipaje, cerró la tienda, puso el cartelito de CERRADO POR VACACIONES y se marchó a un lugar donde nadie pudiera encontrarlo.

Pero en su escondite disponía de videófono y conocía a una enorme cantidad de tipos, que acabarían por localizar a Meltky.

Sus dudas estribaban ahora en quién había de ser el primero en conocer la noticia: Flora, Rickston o la policía.

—¿Y por qué no ser yo mismo el que se aproveche del negocio? —se dijo.

Pero Flora le había prometido darle íntegra la recompensa. Se preguntó qué interés podía tener la chica en ver de nuevo a aquella fiera bípeda, cuando era público y notorio que ella sólo había estado

con Meltky por la fuerza.

Acabó encogiéndose de hombros.

—Eso es cuenta suya -—masculló.

CAPITULO VIII

La motoneta se posó suavemente en el suelo y su único tripulante se apeó con evidente expresión de disgusto. Flora salió a su encuentro.

—¿Noticias, Buddy?

—Ni rastro de Phil —contestó Hamlin.

Ella vio claramente lo decepcionado que se sentía el joven y le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Anda, entra en casa; te daré un poco de café.

Caminaron juntos. Al entrar en la casa, Hamlin observó algo extraño.

—¿Dónde están Dan y Gheeta?

—Oh, no te preocupes por esos dos —rió la muchacha, mientras acercaba la cafetera al fuego—. Ella se siente orgullosa de su época, pero en ésta lo está pasando fenomenalmente bien. De todos modos, compadezco a Dan.

—¿Por qué? —se extrañó Hamlin.

—Bueno, Gheeta, lógicamente, vino sin dinero. Castle le Compra muchas cosas, vestidos especialmente. Cuando vuelva a su siglo, Gheeta va a llevarse un guardarropa excepcionalmente bien surtido. Y menos mal que no le ha dado por las joyas...

—¿Qué hacen los otros dos?

Flora señaló con la cabeza hacia la puerta que daba a la sala.

—Ahí los tienes, día y noche, viendo película; de todas clases. Se tragan todo lo que les echa el televisor. También ellos disfrutan, a su manera. Bueno, Buddy, ¿qué ha pasado con Phil?

—La tienda tiene puesto e! cartelito de «Cerrado por vacaciones», Flora.

—Es extraño — comentó ella—. La recompensa es muy alta, pero, a pesar de todo, no es costumbre de ese viejo buitre cerrar el negocio.

—Pues ahora lo ha hecho, aunque no me imagino otro motivo que el de la recompensa. Si no ha cerrado para dedicarse por entero a la investigación, no sé qué otra cosa le ha podido pasar.

—Espera, tengo una idea... Primero tómate el café; luego llamaré yo a una antigua conocida, quien tal vez pueda decirme por qué se ha largado ese chupasangre de Phil.

Minutos más tarde, Flora tenía la respuesta.

—Mi amiga dice que un tipo llamado Chayd Ellart estuvo a verle. Por el día y la hora, deduzco que Ellart habló con Phil minutos después de que nos marchásemos nosotros.. Ellart se fue también y, antes de un cuarto de hora, Logan había cerrado la tienda. No se sabe ahora dónde está, pero me da en la nariz que Phil se ha escondido.

—¿Por qué? —preguntó el joven, intrigado.

—No conoces a Chayd Ellart. Si se hiciera un campeonato de perversidad, él y Russ se llevarían el primer premio, ex aequo. Con la diferencia, ventajosa para Ellart, que éste es mucho más listo.

—¿Habrá amenazado a Phil?

—Es muy posible. Pero Ellart no actúa solo, y ni siquiera por propia iniciativa. Me huelo que lo envió su jefe, Duke Rickston, el tipo que tiene en un puño a toda el hampa de aquel sector.

Flora emitió una triste noticia.

—Se aprenden muchas cosas en el barrio en donde yo vivía — añadió.

Hamlin pasó un brazo por los hombros de la joven.

—No pienses más en ello. Tu vida cambió, afortunadamente, el día en que yo me refugié en tu casa, huyendo, precisamente, de los

gaznápiros que están en la sala. Y a propósito, yo también tengo una idea y voy a consultarla con ellos. Ven conmigo, ¿quieres?

Pasaron a la sala. Hamlin, sin más preámbulos, apagó el televisor. Berr y Amkrus le miraron sorprendidos.

—Escuchad —dijo—. El cronomóvil de Gheeta está en el jardín. Se puede hacer funcionar, sin duda.

—Ella tiene la clave de contacto. No nos la ha dicho. Sin marcar la clave, el aparato no puede ponerse en funcionamiento —explicó Amkrus.

—Es decir, el aparato actúa cuando se ha marcado la clave, aunque no se desplace en un sentido u otro.

—Sí, los generadores se ponen en marcha, listos para suministrar energía en cualquier momento. Pero mientras Gheeta no...

—Ella volverá —aseguró Hamlin—. Creo haber entendido que los sensores de localización de otro cronomóvil sólo tienen un alcance de quinientos metros.

—Así es, señor —confirmó Berr.

—Bien, en tal caso...

Hamlin no pudo continuar. En la entrada se oían voces y risas.

—Ya vuelven —dijo Flora.

El joven se dirigió hacia la puerta. Castle, al otro lado, dijo:

—No me negarás que esta época es infinitamente más divertida que la tuya, Gheeta.

—Sí, pero ¡qué desorden! Una anarquía total, aniquiladora del progreso y de la paz... Cada uno hace lo que quiere, trabaja en lo que mejor le parece, se marcha a buscar otro empleo cuando no le gusta el que tiene... Y he visto -familias con más de dos hijos...

—Yo tengo un amigo que es padre de siete hijos. Y tiene nueve hermanos. Es una familia muy prolífica —contestó Castle riendo.

—Horrible, realmente horrible. Además, aquí la gente se casa cuando le apetece, incluso sin haber cumplido los veinticinco años ellos y los veinte ellas...

—¿Por qué no? Sí son aptos para la procreación y se quieren, me parece muy bien que se casen.

—Muchos no se casan y mantienen relaciones sexuales libres.

—¿No es maravilloso, Gheeta? —rió Castle.

—¿Maravilloso? Indescriptiblemente obsceno, Dan. Yo no haría nada de eso sin… sin…

Gheeta se cortó súbitamente, ruborizada hasta la raíz del cabello. Castle Ia abrazó con suavidad.

—Hermosa, tú has venido a esta época para una determinada misión, y debes comportarte de acuerdo con las costumbres de este siglo. Cuando estés en el tuyo, obedece las leyes del siglo XXXI, pero ahora…

—Dan, ¿qué dirían mis jefes si se enterasen de que…?

—Bueno, podrías disculparte, alegando que lo hiciste en bien del éxito de la misión.

—¡Pero no hemos encontrado todavía el cronomóvil! —exclamó ella, alarmada.

Castle volvió a abrazarla.

—No tenemos prisa. ¿Cómo pueden saber tus jefes los días que has empleado en la misión?

Hamlin decidió en aquel instante que ya era hora de intervenir y carraspear con fuerza.

—Ejem… Si habéis acabado con esa discusión sobre temas político-sexuales, me gustaría empezar otra, relativa a la localización del cronomóvil.

Gheeta lanzó un gritito de susto. Castle se volvió hacia su amigo, que estaba apoyado en la jamba de la puerta.

—Estaba diciéndole a ella que deberíamos ir mañana a Europa, para visitar algunas de las mejores pinacotecas…

—Tendrás que posponer tus ansias de aumentar los conocimientos pictóricos de Gheeta —dijo el joven—. Creo haber encontrado el .procedimiento para localizar el cronomóvil.

—¿Es cierto eso? —Gheeta corrió ansiosamente hacia el joven—. Si lo consigues. . Bueno, diré que tu caso debe ser cancelado...

—No dejaría que me llevasen arrestado a tu época —sonrió Hamlin —, Gheeta, dime, ¿funcionan los sensores de tu cronomóvil aunque se halle en el interior de otro vehículo, que sólo puede desplazarse en el espacio?

—Sí, por supuesto; los sensores tienen una protección especial contra interferencias. Pero sólo alcanzan quinientos metros.

—Eso ya lo sé. —Hamlin fijó la vista en su amigo—. Dan, tienes que conseguir un aerofurgón de tu compañía. Y si no te lo dan, alquilas uno.

—Creo que te entiendo, Buddy. Tú quieres que carguemos el cronomóvil en un aerofurgón y empecemos a dar vueltas por la ciudad, con los sensores en funcionamiento.

—Aunque el cronomóvil esté inmóvil, valga la paradoja, los sensores cubren un círculo de un kilómetro de radio, lo que significa un área de casi ochocientos mil metros cuadrados. Tú eres ingeniero y sabes que el cálculo es correcto, Dan.

—Sí, desde luego.

—Ahora bien, si el cronomóvil se desplaza lentamente, en el interior de otro vehículo, sin ser visto por nadie, y si recorres una distancia, en línea recta, por ejemplo, de diez kilómetros, habrás cubierto un área diez veces mayor, aproximadamente.

—Sí, sí... —exclamó Castle, muy excitado—. Podemos trazar sobre un mapa el plan de vuelo... de modo que cubramos por completo la ciudad y sus alrededores...

Hamlin movió la mano imperativamente.

—En tal caso, pon manos a la obra y deja el placer para otro momento —ordeno.

—¿Crees que así encontraremos a Meltky? —preguntó Gheeta ansiosamente.

—Es la única solución que se me ocurre —respondió el joven.

* * *

Otros también buscaban a Meltky, pero por distintos procedimientos.

Sentado en una silla, Mike Pequod sudaba literalmente a chorros. Chayd Ellart y Tiger Benson estaban a ambos lados de un enorme butacón de orejeras, en el cual se hallaba sentado un hombre, elegantemente vestido, con una flor blanca en el ojal de su traje inmaculado, y con una larga boquilla negra sujeta por los dientes.

Duke Rickston le miraba a través del humo del cigarrillo encendido. Era un hombre relativamente joven y bien parecido. Tenía un gran predicamento entre las mujeres, pero había un detalle en su fisonomía que no le agradaba en absoluto: las cejas. Eran enormes, espesas, gruesas como un pulgar, y se las afeitaba en parte, para eliminar lo que él consideraba un desagradable defecto físico.

Pequod se maldijo a sí mismo por no haberse marchado inmediatamente de la ciudad, tal como había planeado. Si se hubiese ido inmediatamente...

—No sé, les juro que no sé dónde está —dijo lloriqueando de pánico—. Después del golpe a! First, nos separamos...

—No te creo,' Mike —dijo Rickston plácidamente, sin descomponer el gesto—. Mira, voy a ser generoso contigo. Ya sé que conseguisteis una fortuna en el First. No te pediré un centavo del dinero que «afanaste». Pero sí quiero saber cómo se las apañó Russ para entrar en Ia bóveda. Tú tienes unas manos de ángel para las puertas, pero las del First es absolutamente inviolable. Y, sin embargo, entró contigo. ¿Cómo lo hizo?

—Duke, si te lo digo, no me vas a creer —contestó Pequod.

—No te preocupes; yo decidiré si tu historia es verídica o falsa. Vamos, suéltalo de una vez.

«Está bien, si Duke me deja libre después, yo ya tengo pasta suficiente para no meterme en más líos», pensó Pequod.

—Russ empleó un cronomóvil —dijo al cabo.

Rickston y sus dos secuaces pusieron cara de pasmo.

—¿Un crono... móvil?

—¿Qué chisme es ése?

—Nunca he visto un cacharro de ésos...

Pequod titubeó un poco antes de decir:

—Es... un artefacto que se mueve a través del tiempo... También puede desplazarse en el espacio...

Rickston se incorporó lentamente, ahora con la boquilla en la mano. Sus ojos echaban chispas.

—Chayd, dale un buen porrazo. Yo puedo admitir muchas cosas, excepto que se burlen de mí —exclamó enfurecido.

Ellart juntó las manos y sus nudillos crujieron ominosamente.

—Bueno, Mike, no es nada personal, ¿sabes? Pero como no quieres hablar y nos cuentas fábulas que no se creería un niño...

De repente, Pequod se armó de valor y se irguió en la silla.

—Está bien, Chayd, pégame todo lo que quieras, pero no conseguirás que te diga otra cosa. Duke, te guste o no, Russ empleó un cronomóvil, esto es, una máquina del tiempo. Y yo estuve a bordo de ese chisme y pude verlo funcionar, y así penetramos en la bóveda del Banco. Ahora ya podéis matarme a golpes, si queréis, pero no podré variar esta declaración.

Rickston pareció sentirse impresionado por la respuesta del sujeto. Conocía a Pequod y sabía que no era un hombre valiente precisamente. Si ahora se negaba a contestar, parecía evidente que estaba diciendo la verdad.

—De modo que un cronomóvil, ¿eh? —murmuró, a la vez que hacía un ademán para detener a Ellart—. Y, ¿cómo funciona ese trasto?

—Bueno, Russ lo hizo trasladarse a unos minutos después del cierre de la bóveda...

Pequod dio una explicación prolija de la acción. Cuando terminó, Rickston formuló una pregunta:

—¿Dónde está ahora ese bruto?

—Chayd, ven a pegarme —contestó Pequod.

Rickston comprendió y se echó a reír.

—No, no te pegará. Ya me imagino que después del golpe os separasteis, y que Russ, pese a que es un animal, tiene la suficiente inteligencia como para no decirte su escondite. Pero ya lo encontraremos nosotros.

Volvió a reclinarse en el butacón y entregó la boquilla a Benson. Este quitó el cigarrillo consumido, puso otro y se la devolvió a su dueño, encendiéndolo a continuación. Rickston hizo un leve gesto.

—Chayd, acompaña a Mike.

—Sí, jefe.

Pequod se encaminó hacia la puerta. Abandonó la sala y pasó al vestíbulo. En aquel instante, .sintió un terrible dolor en la cabeza.

Empezó a doblar las rodillas. Ellart repitió el golpe. Se oyó un siniestro crujido de huesos. Pequod se desplomó, muerto.

Minutos más tarde, Ellart regresaba a la sala.

—Lo tengo en el sótano, jefe.

—A la noche, cemento —decidió Rickston fríamente—, Y ahora, vamos a pensar en la forma mejor de encontrar a Russ.

—Se habrá escondido muy bien —opinó Benson.

—Es probable, pero ha dejado un rastro que podría seguir un ciego. Russ no estará solo, dondequiera que se haya escondido. Una vez le oí decir que el día en que tuviera dinero, se rodearía de mujeres hermosas. Por lo menos, se ha llevado a dos consigo, así que es preciso averiguar qué pájaras faltan de sus lugares habituales. —Rickston dio un par de palmadas—. ¡Vamos, manos a la obra! Por medio de esas fulanas, conseguiremos encontrar a Russ.

—Jefe, ¿de veras cree en la historia que nos ha contado Pequod? —preguntó Ellart—. A mí me parece una fantasía...

—Chayd, estamos en pleno siglo XXII, una época maravillosa en la que todo es posible —contestó Rickston displicentemente.

CAPITULO IX

El plano, estaba colgado de la pared. Hamlin había trazado en él una serie de líneas verticales y horizontales que se entrecruzaban como las mallas de una red. Con un puntero en la mano, empezó a hacer indicaciones en el mapa.

—La ciudad y sus alrededores ocupan un área de ciento treinta y dos kilómetros de longitud, por ochenta y cuatro de anchura. He dividido el mapa en sectores, cuyo centro es una línea, tanto vertical como horizontal. La separación entre cada línea es de mil metros, espacio suficiente para activar los sensores de localización. Eso significa que es preciso realizar ciento treinta y dos viajes en sentido longitudinal y ochenta y cuatro en dirección transversal. Pero como las rutas se entrecruzan, queda la posibilidad de que, viajando longitudinalmente, se localice el cronomóvil en una zona de latitud. Tú me entiendes, ¿verdad, Dan?

—Sí, desde luego, Buddy —contestó Castle.

Flora estaba en pie, detrás de un trípode que sostenía una cámara de video, grabando los menores detalles de la escena.

—Como el plano es muy grande, puedes llevarte la cinta grabada —continuó el joven—. De este modo, podrás localizar en todo momento las coordenadas de tu posición y saber qué zona has recorrido y por la que no debes pasar de nuevo. Será como tener una lista de nombres en la mano; cuando has hablado con uno, lo tachas y pasas al siguiente.

—Te explicas muy bien —sonrió Castle—, Y, ¿qué hacemos cuando hayamos localizado el cronomóvil?

—El furgón dispone de emisora de radio. Llámame inmediatamente, porque una vez hayas encontrado a Meltky, yo me las entenderé con él. Perdona, Gheeta, pero tú desconoces el comportamiento de los seres de esta época. Y tú, Dan, no sabes bien quién es ese tipo.

—Parece como si tuvieras una cuenta pendiente con Meltky —observó el ingeniero.

—En cierto modo, así es —contestó Hamlin, con la vista fija en Flora.

La muchacha se ruborizó. Hamlin se acercó a ella.

—No quiero que ese animal con figura humana vuelva a molestarte en los días de su vida —dijo, a la vez que asía sus dos manos.

—Bueno, bueno —rezongó Castle—, basta de arrullos. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo —contestó Hamlin.

Salieron al jardín. Berr y Amkrus ayudaron a cargar el cronomóvil en el furgón volador.

Gheeta se instaló en uno de los sillones de la máquina del tiempo. Castle tomó los mandos del furgón. El tabique de separación entre la cabina y la caja de carga había sido suprimido y ella tenía abierta la puerta de su cronomóvil, a fin de poder comunicarse con Castle de viva voz.

—Dan, estoy lista —anunció.

—Muy bien, vamos allá.

El aerofurgón despegó de inmediato. Hamlin pasó una mano por la cintura de Flora.

—Bueno, ahora sólo queda esperar a que nos avisen de la posición de Meltky.

—A menos que haya abandonado la ciudad —apuntó ella.

—No lo creo. Se habrá escondido en alguna parte, esperando a «que se enfría» el asunto. O mucho me equivoco o, en cuanto tenga ocasión, volverá a las andadas. Ahora dispone de una máquina que le permite entrar en cualquier parte y robar verdaderos tesoros, sin el menor riesgo. Apenas he conocido a Russ, pero creo que no tiene sentido de la mesura. ¡A nadie se le ocurriría llevarse setenta millones de un Banco!

—Eso sí es verdad. Con dos o tres, habría tenido más que suficiente para no correr riesgos en los días de su vida...

—Como dijo aquél, la codicia rompe el saco... y el de Russ, por muy grande que sea, acabará por romperse.

De pronto, Hamlin reparó en los dos ayudantes de Gheeta, que permanecían en el jardín a corta distancia.

—¿No van a ver una película? —sonrió.

—Estamos un poco saturados —contestó Amkrus.

—Nos gustaría ver algo de esta época… «en directo» —añadió el otro.

—Pero no tenemos dinero…

Hamlin se volvió hacia la muchacha.

—Flora, préstales unos cuantos cientos —dijo.

—Claro, Buddy.

Flora entró en la casa. Hamlin miró sonriendo a los dos individuos.

—Parece que les gusta esta época —dijo.

—Muchísimo —admitió Berr.

—Podrían quedarse… Desertando, naturalmente.

—No es posible, señor —respondió el otro.

—¿Por qué? —se extrañó Hamlin.

—Bueno, nosotros hemos nacido en el siglo XXXI y allí debemos desarrollarnos y realizar nuestras actividades, incluso la de tener un par de hijos, cuando llegue el momento. Si nos quedásemos aquí, podrían sufrir alteraciones las líneas del tiempo.

—Entonces, un hijo de cualquiera de los dos, daría origen a más hijos, otras líneas que no han sido previstas —añadió Berr—, Y el mundo del siglo XXXI podría ser muy distinto del actual.

—Tal como es ahora, no resulta muy agradable. ¿Por qué no cambiarlo?

—Oh, quizá sobrevendría una guerra mundial. No sabemos qué sucedería con los descendientes de alguien que no tienes que nacer en esta época.

—Sí, quizá así sea mejor —convino Hamlin pensativamente—.

Pero, ¿puede uno quedarse en el siglo XXXI, habiendo nacido en éste?

—Oh, sí, lo que no ha hecho ahora, puede hacerlo en el futuro, sin miedo a complicaciones. ¿Acaso quieres ir a nuestra época?

Hamlin meneó la cabeza. Flora llegaba en aquel momento, con unos cuantos billetes en la mano.

—Tengan cuidado y no formen alborotos —aconsejó.

—Ya estuvimos aquí en otra ocasión —sonrió Berr.

—No me lo recordéis —dijo el joven alegremente.

Los dos hombres se marcharon. Flora, muy preocupada, dijo:

—Buddy, he oído lo que hablabas en los últimos momentos. ¿Es que te gustaría ir al siglo XXXI?

Hamlin se dio cuenta de que no había dado una respuesta verbal. Flora, por tanto, no había visto su movimiento negativo.

—No, me gusta mi época. Pero quizá hay alguien a quien le guste viajar al futuro y quedarse allí el resto de su existencia.

—Dan, y por causa de Gheeta —adivinó ella.

—Exactamente. No se le puede reprochar, ¿verdad?

—Es guapísima —suspiró Flora.

—No la envidies. Sé tú misma.

—A veces, me gustaría ser más bonita...

—No eres lo que se dice fea. A mí me gustas enormemente, Flora.

—¿Hablas en serio, Buddy?

Hamlin sonrió, al mismo tiempo que pasaba el brazo por el talle de la joven.

—Vamos adentro; tengo hambre —contestó, evasivo.

* * *

—Hemos cubierto toda la red —dijo Castle, una semana más tarde —. No hemos encontrado nada y es hora de que regresemos, para celebrar un consejo y ver qué decisión tomamos, en vista de que no podemos dar con Meltky.

—Sí, será lo mejor —contestó Gheeta, desalentada—. No me explico dónde ha podido esconderse ese tipo.

—Quizá se fue muy lejos de la ciudad, incluso puede que fuera del país —apuntó Castle, mientras iniciaba la maniobra de regreso—. En tal caso, sería imposible localizarlo.

—No me gustaría tener que quedarme en esta época...

—¿Puedes?

—No —respondió ella—. Lo dije sin pensarlo. He de volver a mi tiempo. Dan. Y regresaré fracasada...

—¿Te fijaron algún plazo para el regreso?

—Desde luego que no, pero, pasado un tiempo prudencial, habré de confesar mi impotencia. No me ayudará mucho en mi carrera, precisamente.

—Eso es lo de menos. Espero que no te hagan nada a tu vuelta. Nadie es infalible en este mundo ni en ninguna época.

Un poco más tarde, el aerofurgón se posaba en el suelo.

Hamlin y Flora salieron a recibir a- los recién llegados.

—Adivino que no habéis encontrado nada —dijo el joven, al ver la expresión de sus rostros.

—Todo ha sido inútil —contestó Castle—, Para mí que ese tipo se ha largado de la ciudad. De otro modo, no se comprende, ya que los sensores no han dado el menor signo de actividad del cronomóvil robado. Por supuesto, yo desconozco cómo son los mecanismos fabricados en el siglo XXXI, pero debo aceptar la palabra de Gheeta.

—Es cierto —confirmó la aludida—. Los sensores no registran la menor señal.

—A menos que el cronomóvil esté bajo tierra —apuntó Flora.

—En ese caso, las señales serían muy débiles, pero las captaríamos.

Hamlin hizo un ademán.

—Estáis un poco cansados —dijo—. Será mejor que entréis en casa, para tomar algo. Luego seguiremos discutiendo el asunto.

Más tarde, se reunieron en el salón. Flora sirvió café y bocadillos. Hamlin tomó Ia palabra:

—Se me ha ocurrido una idea —manifestó—, Gheeta, ¿no sería posible que hubiese interferencias de alguna clase, que impidieran a los sensores de tu cronomóvil captar las señales del que robó Meltky?

—No lo creo —respondió Castle vivamente—. Por lo que he oído, ese tipo es un bruto poco menos que analfabeto. Es cierto que aprendió a manejar el cronomóvil, pero no es una cosa especialmente difícil. También sabrá, supongo, tripular un aeromóvil, y eso es algo que hoy día hace un chiquillo de pocos años.

—Si le dejan, claro —añadió Flora con una sonrisa.

—Bueno, él quizá no lo haya hecho adrede, pero es posible que guarde el aparato en algún lugar cuya estructura produzca esas interferencias. Y no lo esconderá de Gheeta, precisamente, sino de otros tipos… y también de la policía. ¿Qué dices tú, Gheeta?

La joven del siglo XXXI meditó unos instantes. Al fin, dijo:

—Es posible proteger el cronomóvil contra la detección, colocándolo en algún sitio que lo envuelva por completo con una estructura metálica. Pero si estuviera en el interior de una casa, por ejemplo, construida con armazón de acero y paredes de cemento, lo detectaríamos, indudablemente.

—Tendría que ser lo que podríamos definir como una funda de metal.

—Sí, eso es.

El videófono sonó en aquel momento. Flora estaba en pie y cruzó la estancia para atender la llamada.

El rostro de Logan apareció inmediatamente en la pantalla.

—¡Phil! —exclamó ella—. ¿De dónde demonios sales?

—Estoy escondido y no te diré dónde —repuso Logan—. Corren malos tiempos, muchacha.

—No son buenos, en efecto, pero déjate de comentarios. ¿Dónde está Meltky?

—Te lo diré, pero antes voy a hacerte una advertencia.

—Si te refieres al dinero de la recompensa…

—Oh, eso no importa ahora demasiado. De todos modos. sé que cumplirás tu palabra, Flora. Duke Rickston y sus muchachos andan también detrás de Meltky.

—Sí, ya lo sabíamos —dijo la muchacha.

—El golpe que dio ese animal hizo mucho ruido —explicó Logan—. Además, uno de los chicos de Rickston os vio salir de mi tienda. Entró, habló conmigo… Bueno, el caso es que me largué de allí; con Rickston no se puede bromear. Me prometieron que no me harían nada si les daba informes sobre Meltky, pero esa gente no es de fiar.

—Sí, lo sé de sobra, Phil.

—Por tanto, si vais a buscar a Russ, deberéis tener mucho cuidado de que no os sigan. Meltky tiene una fama pésima, pero es un corderito inofensivo comparado con Rickston y sus matones.

—Lo tendremos en cuenta. Y ahora, ¿quieres decirme de una vez dónde está Russ?

—Te he trazado una especie de plano. Lo pondré delante del objetivo de la cámara. Grábalo, ¿comprendes?

—O.K., Phil.

Gheeta se volvió hacia Castle.

—¿Qué quiere decir O.K., Dan?

El ingeniero contuvo una sonrisa.

—Está de acuerdo con el que le llama —respondió.

—Ya lo tengo grabado, Phil. Cuenta con nosotros —dijo Flora.

—Buena suerte, muchacha. Adiós —se despidió Logan.

Flora cortó la comunicación y luego pulsó la tecla de reproducción. Hamlin se acercó a la pantalla.

—Trataremos de situar ese punto en el mapa —dijo—. Y cuando encontremos a Meltky, sabremos al fin por qué los sensores no pudieron localizar su aparato.

—Será preciso tener mucho cuidado, Buddy. Ya has oído a Phil —contestó Flora.

—No lo olvidaré ni por un instante. —Hamlin se volvió hacia los otros dos—. Es de suponer que Meltky no cambie de escondite hoy mismo; por lo tanto, vamos a estudiar un plan de ataque, que nos permita recuperar el cronomóvil, con el menor riesgo posible.

CAPITULO X

Tiger Benson volvió a la sala, haciendo saltar una llave en la palma de su mano.

—Ya están encerradas, jefe —informó—. No habrá problemas con ese par de chicas.

Rickston sonrió, mientras miraba al hombre que estaba sentado en un sillón, inmóvil, bajo la vigilancia de Ellart, que le apuntaba constantemente con una pistola. Meltky permanecía callado, mientras en sus ojos brillaba una chispa de furia impotente.

—Eres un tipo caprichoso, Russ —dijo Rickston—. Por lo visto, no te basta una mujer y necesitas dos. Aunque bien mirado, también se podría decir que eres un sibarita...

—Está bien —cortó Meltky malhumoradamente—. ¿Por qué no le sueltas de una vez? Aunque ya sé lo que pretendes, Duke. Pero ¿me crees tan tonto? En cuanto te lo diga, ordenarás a tus chicos que me liquiden. Si me vas a matar, al menos no te diré cuál es mi secreto.

Rickston entornó los ojos.

—Podría decirte que conocemos procedimientos para desatar la lengua del más reacio, pero prefiero arreglar el asunto por medio de

la persuasión —contestó—. Russ, hijo, ya sé que diste un magnífico golpe en el First. No te voy a pedir un solo céntimo de lo que sacaste; ni siquiera quiero tanto como tú. Pero sí quiero hacer otra operación como la tuya. Es más, incluso si me lo dices, estoy dispuesto a darte una cuarta parte. Piénsalo bien, Russ, porque podrías resultar muy perjudicado.

Meltky reflexionó unos instantes. No sabía cómo lo habían encontrado Rickston y sus secuaces, aunque eso era lo de menos. De Rickston no se fiaba en absoluto, pero tampoco tenía otra solución a su problema. Le habían sorprendido de un modo absoluto y ahora, tanto él como las chicas, estaban en manos del trío.

De pronto se le ocurrió una idea. Estuvo a punto de sonreír, pero logró contenerse.

—Está bien. Te lo diré, pero iré contigo —dijo al cabo.

—No hay inconveniente, Russ —contestó Rickston sonriendo—. Además, iba a pedírtelo; demasiado me imagino que has encontrado un sistema nuevo. ¿Cómo lo hiciste, muchacho?

—Entrando en la bóveda acorazada, naturalmente.

—¿Abriste una puerta que pesa lo menos treinta toneladas y no funcionaron los sistemas de alarma? —se asombró el hampón, que no acababa de creer en la historia del cronomóvil.

—Duke, si no te lo explico prácticamente, no lo sabrás —repuso Meltky—. Tengo el vehículo en el jardín y necesitas verlo para que puedas comprender cómo lo conseguí.

—Está bien, vamos al jardín. Pero no intentes ninguna jugarreta.

—Descuida, Duke.

Flanqueado por los esbirros, que le encañonaban constantemente con sus armas, Meltky echó a andar seguido de Rickston. Cuando salían, por encima del hombro dijo:

—Habrá un inconveniente, Duke. Yo entré acompañado por Pequod; se necesita un hombre hábil, que pueda fabricar una llave maestra para abrir todas las cajas de seguridad.

Rickston se echó a reír, a la vez que se frotaba las yemas de sus dedos contra el traje.

—En otros tiempos yo era muy hábil para abrir toda clase de «latas» —contestó—. No habrá problemas, Russ, puedes creerme.

—Cada caja tiene su llave...

—Y yo tengo mis propios métodos para abrir las cajas. Bueno, ¿dónde está el cacharro? —preguntó Rickston impaciente.

—Aquí —dijo Meltky, deteniéndose de pronto ante lo que parecía un enorme arbusto, que había crecido espontáneamente en un jardín que parecía abandonado desde hacía muchísimo tiempo.

Apartó los ramajes. Debajo había una especie de tela semitransparente, que apenas si permitía ver el aparato que cubría. Meltky quitó la tela y el cronomóvil apareció ante la vista de los presentes.

Rickston contempló estupefacto aquel singular vehículo. Al cabo de unos momentos se volvió hacia Meltky.

—Russ, hijo, ¿qué es esto? —preguntó.

—Una máquina del tiempo —dijo el sujeto, enormemente satisfecho al ver el asombro que se reflejaba en el rostro de Rickston —. Con ella entré en la bóveda del First y... ¿cuál es el Banco que piensas asaltar, Duke?

—Eso es cuenta mía, Russ.

—Si no me lo dices, no entrarás. Tú no sabes manejar ese cacharro.

—Puedo obligarte a que me enseñes...

—¿Sí? ¿Y cómo estarás seguro de que te he dado indicaciones falsas, para que los generadores exploten cuando menos lo esperes?

Era una baladronada. Meltky no sabía si había generadores en el cronomóvil, aunque se imaginaba que funcionaba mediante alguna clase de energía. Pero vio que Rickston se impresionaba muchísimo y se sintió satisfecho, porque era lo que buscaba.

—De acuerdo. Vendrás conmigo y lo manejarás —cedió Rickston finalmente—. Pero esos dos nos acompañarán...

—Ni lo sueñes. El aparato no tiene potencia suficiente para cuatro personas.

Rickston se tironeó nerviosamente del labio inferior.

«Este cerdo no hace más que ponerme objeciones. En cuanto tenga el botín me deshago de él», pensó.

—Conforme. Iremos los dos, pero Chayd y Tiger nos aguardarán en las inmediaciones —dijo.

—¿De qué Banco?

—El Earth Financial.

—No está mal —aprobó Meltky con amplia sonrisa—. No está mal —repitió—. ¿Cuándo empezamos la operación?

—Ahora mismo —contestó Rickston, impaciente—. He preparado todo y no quiero perder un minuto más de lo absolutamente necesario.

* * *

El furgón aéreo tomó tierra en las cercanías de aquel jardín, que aparecía terriblemente descuidado. Una vez en el suelo, Hamlin miró críticamente a su alrededor.

—Es una casa abandonada —observó.

—Creo que Russ la usaba como escondite en otras ocasiones —dijo Flora—. Era de un matrimonio amigo suyo, pero se mataron en un accidente, con su aeromóvil... Pasaban por granjeros, ¿sabes?

—Sí, y ahora ya nadie se ocupa de esto —convino el joven—. Bien, vamos a ver si encontramos el cronomóvil.

Berr y Amkrus habían ido también y tenían preparadas sus pistolas paralizantes. De pronto, Hamlin vio algo.

A pesar de que nadie se cuidaba de aquel jardín desde hacía muchísimo tiempo, apreció ciertas señales que llamaron su atención. Dio unos cuantos pasos, examinó algunas ramas sueltas y luego se inclinó y levantó aquella tela semitransparente.

—¡Gheeta! —llamó de pronto.

La joven acudió corriendo.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Mira, ahora sé por qué los sensores de tu cronomóvil no registraban ninguna actividad. Meltky había cubierto el suyo con esta tela y encima había puesto remajes.

—La tela parece de plástico. No tendría que impedir la detección.

—Si te fijas un poco mejor, verás que es red de alambre muy fino, menos de un cuarto de milímetro, que sirve como base al plástico que completa el conjunto del tejido. De este modo se obtiene una resistencia infinitamente superior. Esta clase de tela se emplea para construcciones que no son definitivas, pero que, sin embargo, deben durar más tiempo del habitual. Resulta fácil de transportar en rollos, barata, ligera y se puede cortar en el tamaño que desee. Si se quiere un trozo excepcionalmente largo o ancho, basta unir los bordes, pegándolos con una cola especialmente fabricada para el objeto, y que le confiere también una enorme resistencia a la tracción. Una tira de esta tela, de sólo un centímetro de anchura, puede soportar sin esfuerzo una tonelada de peso…

Castle se acercó en aquel momento.

—Un método muy ingenioso de evitar la detección —calificó.

—Lo más probable es que Meltky lo hiciera sin saber que de este modo evitaba que pudiéramos localizarlo. Simplemente, quería proteger el cronomóvil contra las inclemencias del tiempo. A fin de cuentas, es un aparato… Bueno, para él es una mina de oro, simplemente.

—Y debía cuidar esa mina —sonrió Flora.

De repente, se oyeron gritos en el interior de la casa.

Hamlin echó a correr hacia la puerta. Cuando llegaba, vio aparecer a Berr y Amkrus, encañonando con sus pistolas a dos mujeres, que parecían terriblemente asustadas.

—No teman, no vamos a hacerles daño —dijo para tranquilizarlas —, Pero ¿qué hacían ustedes aquí?

Flora dio un codazo en el costado del joven.

—Hombre, imagínatelo —dijo maliciosamente—. Russ es de la clase de tipos que no se contenta con una, si puede tener dos. Eh, chicas, estabais haciendo compañía a-Meltky, ¿verdad?

—Sí —contestó una de ellas—. Russ nos invitó a pasar una temporada.

—Nos dio cien mil a cada una —añadió la otra—. No íbamos a desperdiciar la ocasión.

—Buddy, pregúntales si Russ está ahí dentro —indicó Gheeta.

—¿Dónde está Russ? —inquirió el joven.

—Se lo llevaron.

—¿Quién?

—Vinieron Duke Rickston y dos de sus hombres. A nosotras nos encerraron en una habitación. Creo que se lo llevaron después, pero no vimos ni oímos nada, porque la puerta es muy gruesa…

Castle lanzó una maldición en voz baja.

—Hemos llegado tarde —se quejó.

Hamlin extendió una mano.

—Calma, Dan —rogó—. Si Rickston ha tomado cartas en el asunto, no le hará nada a Meltky. Para ser claros, le necesita. ¿Cómo os llamáis, chicas?

—Yo soy Hattie Brent. Ella es Susan Wallace —contestó' una de ellas.

—Hattie, cuéntanos exactamente lo que ha ocurrido desde el momento en que llegaron Rickston y sus matones —pidió el joven.

—Bueno, no hay mucho que decir… Estábamos cenando y aparecieron de improviso… A nosotras, repito, nos encerraron. Luego estuvieron hablando mucho rato con Meltky. No sabemos más.

—¿Por qué no os soltaron antes de marcharse?

Susan dio un paso adelante.

—Creo haber oído algo sobre soltarnos más tarde. No querían que

saliéramos antes, para evitar complicaciones en no sé qué operación —informó.

Hamlin se volvió hacia los otros. .

—Ahora ya está claro. Rickston quiere repetir el golpe, en provecho propio, naturalmente. Habrá obligado a Meltky a que le cuente cómo consiguió su botín y ahora están los cuatro, -en alguna parte, vaciando la caja fuerte de un Banco bien provisto.

—Los cuatro, no —contradijo Gheeta—. El cronomóvil que se llevó Meltky sólo tiene capacidad para dos personas y un poco de equipaje.

—Es lo mismo; por lo menos dos, o sea Rickston y Meltky, están ahora en el interior de una bóveda blindada. Los otros, naturalmente, aguardarán fuera.

—Podríamos informar a la policía, ¿no te parece? —sugirió Flora.

—¡No! —protestó Gheeta con gran vehemencia—. Se divulgaría el secreto de las máquinas del tiempo... Nadie conoce la existencia de la tuya, Buddy, supongo.

—No, sólo lo sabéis vosotros —respondió el joven—. Pero creo que Gheeta tiene razón; no debemos informar a la policía.

—Si se producen víctimas... —apuntó Castle, alarmado.

—No, entrarán y saldrán sin que nadie se entere. Lo que menos les conviene es hacer ruido. La única víctima será el Banco y tiene las espaldas bien cubiertas.

Hamlin se volvió hacia su amigo.

—Deberíamos dejar marchar a estas chicas —añadió.

—Tal como están las cosas, lo mejor será que nos larguemos —convino Susan.

—Les prometemos mantener la boca cerrada —añadió Hattie.

—Dan, llévalas en el furgón hasta un sitio donde puedan tomar un aerotaxi —indicó el joven—. Un consejo a las dos, muchachas: no digáis absolutamente nada, ni ahora ni nunca. El dinero que os dio Russ no se lo ha ganado precisamente con un trabajo honrado.

Las dos mujeres prometieron guardar silencio. Momentos después,

el furgón despegaba de nuevo. Entonces Hamlin dijo:

—Lo mejor será que entremos en la casa. No podemos hacer otra cosa por el momento.

—Sospecho que quieres aguardar aquí la vuelta de Russ —dijo Flora.

—Sí, eso es lo que quiero.

—¿Y si no regresa? —preguntó Gheeta muy aprensiva.

—Volverá. Para él es un magnífico escondite.

—No podemos fiarnos de Duke —alegó Flora—, En cuanto tenga el botín, liquidará a Russ...

—Es lo más probable, pero antes de hacerlo tiene que volver a lugar seguro. Duke no sabe manejar el cronomóvil y Russ sí. Hasta que regresen aquí, lo necesita. Después...

—Después, ¿qué, Buddy?

—Tendremos que procurar sorprenderlos, a fin de impedir que causen el menor daño al cronomóvil.

—No resultará fácil —dijo Flora pesimista.

—No, pero !o conseguiremos —afirmó Hamlin, seguro de sí mismo.

CAPITULO XI

Estrechamente vigilado por Rickston, que no se fiaba de él un solo instante, Meltky se hallaba entregado a una febril actividad.

Puesto que no disponían de llave maestra, Rickston se había procurado un diminuto soplete de gran potencia, cuyo chorro de fuego fundía las cerraduras en contados segundos. Meltky pasaba de una caja a otra casi sin solución de continuidad. Una vez que había destruido la cerradura de una, enfocaba el soplete a la siguiente.

Era preciso dejar enfriar el metal de la caja, para no quemarse las manos. Cuando todas las cajas estuviesen dispuestas, empezarían a cargar los sacos que habían llevado consigo.

Rickston se sentía contentísimo, maravillado por aquella forma tan sencilla de penetrar en la bóveda acorazada de un Banco. No sabía de dónde había sacado Meltky aquel curiosísimo artefacto, ni le importaba demasiado. Servía para robar un Banco sin riesgo y era todo lo que quería saber.

Una hora más tarde, Meltky empezó a llenar los sacos con las joyas y objetos de valor que había en las cajas de seguridad. Por el momento, no había dicho nada a Rickston. Ya había pasado por una experiencia, en su primer robo, v ahora sabía que iba a suceder lo mismo.

Rickston iba a llevarse una buena sorpresa, pensó, con rostro inexpresivo, mientras se movía activamente. Cada vez que llenaba un saco. Io llevaba al compartimento posterior del cronomóvil. Rickston no hacía absolutamente nada, excepto vigilarlo en todo momento, con la pistola en la mano.

Al fin, dos enormes sacos fueron puestos en el interior del cronomóvil. Rickston movió la pistola.

—Los billetes —ordenó secamente.

Meltky no dijo nada. Fue a la estantería donde se hallaba el dinero y empezó a meter fajos de billetes en otro saco. Cuando terminó, hizo un gesto despectivo.

—Bah, unos treinta millones —calculó.

—No está mal —sonrió Rickston—. ¿Has acabado ya?

—Sí, Duke.

—Entonces, vámonos.

Los dos hombres subieron al cronomóvil. Instantes después, empezó a titilar la luz roja.

—¿Qué sucede? —preguntó Rickston.

—Alarma de sobrecarga —contestó Meltky impasible.

—¿Quieres decir que… llevamos exceso de peso?

—Sí, justamente.

—Oye, ¿por qué no me dijiste eso antes?

—Porque no lo sabía, simplemente. Debemos desprendernos de las joyas, Duke, no hay otro remedio.

Rickston lanzó una espantosa maldición. Meltky se encogió de hombros.

—Debes tomar una decisión —dijo—. No podemos quedarnos aquí eternamente.

—Está bien —contestó Rickston terriblemente furioso—. Sal y tira fuera esos condenados sacos...

Meltky se apeó y agarró el primer saco. De pronto, lanzó un grito.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó el otro exasperado.

—Mi ciática... No puedo moverme apenas... Lo siento, Duke, tendrás que ayudarme...

Rickston maldijo hasta perder el aliento. Saltó fuera del cronomóvil y tiró del saco. Era la ocasión que Meltky estaba aguardando y no la desaprovechó.

Su puño derecho golpeó la sien de Rickston. El hampón aulló. Meltky repitió el golpe y Rickston se derrumbó ahora sin sentido.

Meltky se precipitó sobre la pistola. Apuntó al caído, pero de pronto se echó a reír.

—Me gustaría ver la cara que pones mañana, cuando entren en la bóveda y te encuentren aquí —dijo.

Rickston pasaría unos cuantos años en la cárcel. Algún día saldría... pero con dinero abundante no le encontraría jamás.

Las joyas fueron a parar fuera del cronomóvil. Meltky se metió en el aparato y empezó a manejar los controles.

Cuando se disponía a arrancar, Rickston se sentó en el suelo.

—¡Adiós, imbécil! —dijo burlonamente.

Los ojos de Rickston contemplaron con asombro la súbita

desaparición del cronomóvil. Cuando quiso recobrarse, estaba solo en el interior de la bóveda acorazada.

Miró a su alrededor, furioso por la jugarreta que el otro le había gastado. Estaba encerrado en aquella caverna de acero, rodeado de una fortuna incalculable, pero no podía aprovecharse siquiera de un anillo barato. De pronto se sintió muy afligido.

—Mañana, cuando abran, me encontrarán…

Bruscamente, recordó algo. Sus mandíbulas se juntaron con seco golpe.

—Está bien, yo iré a presidio, pero tú no disfrutarás de tu dinero —masculló furiosamente.

Miró a todas partes. En algún lugar, seguro, había orificios de aireación, muy bien disimulados y lo suficientemente angostos como para que un hombre no pudiera penetrar en su interior. Pero él ya tenía bastante.

En su muñeca izquierda llevaba un reloj, que era un diminuto transmisor de radio, con potencia suficiente para alcanzar a cinco kilómetros de distancia. Ellart y Benson estaban muchísimo más cerca.

—Chayd —llamó.

Ellart tardó algunos segundos en contestar.

—Jefe… ¿Dónde está?

Rickston exhaló una risa amarga.

—No te lo creerás, pero aún estoy en el interior de la bóveda —dijo.

—¿Cómo va el negocio, jefe? —preguntó Benson.

—Cierra e! pico, estúpido. Russ me ha traicionado y se ha largado con su maldita máquina. ¡Estoy atrapado!

Ellart se quedó estupefacto.

—¿Habla en serio?

—No tengo ganas de bromear, Chayd. Escúchame bien: Russ

volverá a su escondite. Esa máquina no puede correr demasiado. Si os dais prisa, llegaréis antes que él. Lleva treinta millones en billetes. Además, aún le quedan unos cuantos del golpe anterior.

—Se los quitamos y…

—Yo iré a la cárcel, seguro, pero él no debe disfrutar de su botín. Además, con ese dinero se pueden comprar muchas conciencias. Ya me entendéis.

—Descuide, le sacaremos de la jaula en cuanto podamos. Bien, volamos en busca de Russ. ¡Suerte, jefe!

El aeromóvil despegó de inmediato. Ellart era el piloto y lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

Los dos hampones guardaban silencio. De pronto, Benson dijo:

—Oye, Chayd, estaba pensando…

—¿Sí, Tiger?

—Russ lleva treinta millones y, en alguna parte, tiene escondidos al menos cuarenta millones más. Pongamos treinta. Bueno, treinta para cada uno… ¡Y al jefe que se Io lleve el diablo!

—No le gustará, Tiger.

—Claro que no le gustará. A nadie le gustaría verse en la cárcel para un montón de años. Le cargarán el golpe del First y esa gente de los Bancos harán todos los posibles para que le caigan encima al menos veinte o treinta años. Ahora los jueces son muy duros, Chayd.

—Sí, creo que tienes razón —sonrió Ellart—. Liquidamos a Russ, nos repartimos la pasta y, como has dicho antes, ¡al diablo con el jefe!

El aeromóvil se deslizaba en la noche a enorme velocidad. Detrás de ellos, a cierta distancia, pero sin prisas, Meltky se movía en la máquina del tiempo, mediante los mecanismos de traslación espacial, sintiéndose enormemente satisfecho de la estratagema empleada.

Tenía más de cuarenta millones escondidos. Ahora contaba con treinta más. Desaparecería del país para siempre… Nadie volvería a verle nunca.

En un ángulo del cuadro de mandos se encendió una lamparita de color ámbar. Meltky lo vio, pero no concedió la menor importancia a

aquella señal.

Siguió viajando, envuelto en dorados sueños, en rosadas perspectivas...

* * *

—Creo que viene alguien —dijo Gheeta de pronto, al observar las indicaciones del detector—, Pero no es un cronomóvil.

—Avisaré a Buddy —contestó Castle, que se hallaba con la joven en el interior del furgón, en cuyo departamento de carga seguía el cronomóvil.

—Date prisa; estarán aquí antes de un minuto.

Castle saltó al suelo y corrió hacia la casa.

—¡Buddy! Viene gente —exclamó.

Hamlin salió a la puerta.

—¿Meltky?

—No. Son otros, pero desconocemos su identidad...

—Está bien, vuelve al furgón y cierra las puertas.

—De acuerdo.

Amkrus y Berr se hallaban en el interior de la casa. Hamlin movió una mano.

—Sitúense a ambos lados de la puerta y no hagan nada hasta que yo se lo ordene.

—Una pregunta, por favor. Sus armas son paralizantes, tengo entendido.

—Así es, señor.

—El individuo que recibe una descarga queda instantáneamente paralizado. Pero ¿no puede hablar? ¿Le resulta imposible contestar a

las preguntas que se le formulan?

Amkrus empezó a manipular en su pistola.

—La pondré al mínimo de potencia. El sujeto queda inmóvil, pero puede ver y oír perfectamente.

—Y, además, está obligado a contestar con la verdad a todo lo que se le pregunte —añadió Berr.

Hamlin se volvió hacia la muchacha.

—Flora, qué maravilla —sonrió.

Ella arrugó la nariz.

—No me gusta —contestó—. Aunque debo admitir que es menos peligrosa que nuestras pistolas.

—Estas también pueden matar —dijo Amkrus—, Si se emplean al máximo de potencia, el atacado muere en menos de un minuto, por parálisis del corazón.

—¿Lo ves, Buddy? Un arma canalla...

Hamlin hizo un gesto.

—Cuidado, creo que ya llegan —exclamó.

Cautelosamente, se acercó a la puerta. Un aeromóvil descendía lentamente al suelo. Instantes después, Benson y Ellart ponían pie en tierra.

—¿Qué diablos es ese chisme? —exclamó el primero.

Ellart sacó la pistola.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo inmediatamente —contestó.

Dio la vuelta completa al furgón y tanteó las puertas.

—Las han cerrado con llave. Estarán dentro de la casa —dijo.

Benson echó a andar hacia la puerta.

—No es de la policía —aseguró—. Si se trata de un amigo de Russ, lo va a pasar muy mal.

Ellart le siguió instantáneamente. Momentos después, cruzaban el umbral.

Hamlin, con los brazos cruzados, se hallaba en el otro extremo de la sala. Flora no estaba a la vista; prudentemente oculta por consejo del joven.

—Será mejor que levante las manos, amigo —dijo Ellart—. Luego nos contará lo que hace aquí y...

De pronto se calló.

Sus ojos se quedaron fijos, a la vez que su cuerpo se inmovilizaba por completo. Benson lo vio, pero tampoco tuvo tiempo de decir una sola palabra.

—Muy bien —sonrió el joven—. Gracias, amigos. Flora, ya puedes salir.

La muchacha asomó la cabeza.

—¡Cielos, Chayd Ellart y Tiger Benson! —exclamó.

—¿Los conoces? —preguntó Hamlin.

—Sí, son los hombres de confianza de Rickston. Dos malos bichos, Buddy, créeme.

—Ahora son como gatitos recién nacidos —rió Hamlin—. Bueno, muchachos, vamos a ver si charlamos un poco. Empecemos, por ejemplo, por Meltky. ¿Dónde está?

—Viene hacia aquí —dijo Ellart con voz sin acento.

—¿Seguro?

—-Sí.

—Cuenta todo lo que sepas, anda.

—Meltky y el jefe entraron en el Banco. Russ engañó al jefe y lo dejó dentro de la bóveda acorazada. El jefe nos encargó que lo liquidásemos y que luego nos ocupásemos de hacerle salir de la cárcel, porque lo arrestarán cuando se abra la bóveda del Banco.

—¿Nada más?

—Nosotros pensábamos liquidar a Russ y largarnos con el botín.

—Para que luego hablen del honor entre ladrones —observó Hamlin cáusticamente.

—Esa es una leyenda inventada por un ladrón que quería engañar a otro ladrón —dijo Flora de buen humor—, Y ahora que ya lo sabemos todo, ¿qué piensas hacer, Buddy?

Hamlin se volvió hacia Berr.

—Shihhon, ¿cuánto tiempo pueden permanecer estos hombres así, inmovilizados?

—Al menos, seis horas. Después, es preciso renovar la situación, con otra descarga. Una tercera ya no sería conveniente; podrían resultar gravemente afectados en su sistema nervioso.

—Creo que con seis horas será más que suficiente —dijo el joven—. Meltky ya no puede tardar mucho...

La voz de Castle resonó bruscamente en el exterior:

—¡Buddy, se acerca Meltky!

CAPITULO XII

Hamlin se apoderó inmediatamente de la pistola de Ellart. Preveía que Meltky no se dejaría sorprender tan fácilmente. Una vez, aquellos hombres del futuro, lo habían arrestado, pero ahora no estaría borracho, sino con los ojos muy abiertos, para evitar cualquier peligro. Las pistolas paralizantes no le impresionarían en absoluto. Era necesario que viese un arma de su tiempo.

Salió al jardín. A lo lejos se divisaba una masa oscura que se acercaba a la casa, a moderada velocidad. La cúpula transparente del cronomóvil brillaba al reflejar la luz de las estrellas.

De repente, Gheeta se asomó a la puerta del furgón.

— ¡Hay peligro en el cronomóvil! —gritó.

Hamlin se volvió hacia la joven.

—¿Qué pasa? ¿Va a estallar?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, pero…

La máquina del tiempo estaba cada vez más cerca. Hamlin hizo gestos con la mano.

—Es preciso que nos escondamos. Meltky no debe ver nada, hasta que haya salido del cronomóvil —ordenó.

Castle se situó al otro lado del furgón. Hamlin y Flora se ocultaron detrás de unos arbustos. El cronomóvil estaba ya a unos cuantos metros del suelo y descendía con gran lentitud.

Hamlin empuñó la pistola con firmeza. En cuanto Meltky pusiera el pie en el suelo, dispararía un tiro de aviso. Luego, si era preciso, procuraría herirle en un sitio no vital. Pero tendría que hacerlo cuando estuviese fuera de la máquina del tiempo, a fin de evitar una posible avería por causa de una bala mal dirigida.

Meltky sonrió al ver la casa. Ya había terminado el viaje. Allí tenía el botín del anterior robo. Inmediatamente lo recogería y emprendería el vuelo, muy lejos, a un lugar donde no pudieran encontrarle jamás. Quizá al futuro…

La base del cronomóvil tocó el suelo. Y en el mismo instante todo desapareció de su vista.

La casa, el jardín, aquel enorme furgón aéreo, cuyo origen desconocía, la luna, las estrellas… todo se borró de sus ojos y se sintió lanzado con indescriptible violencia hacia un destino absolutamente desconocido.

— ¡Ha sucedido! —exclamó Gheeta, abandonando el furgón.

Hamlin se sentía estupefacto. Había visto detenerse el cronomóvil, pero, en el mismo instante, había desaparecido bruscamente.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó.

Ella hizo un gesto de pesar.

—Cometió una terrible imprudencia —respondió—. Claro que

también se debe a su ignorancia.

Castle apoyó una mano en el brazo de la joven.

—Gheeta, explícate, por favor —rogó.

—Meltky aprendió a manejar el cronomóvil, pero ya estaba conectado cuando lo hizo funcionar y no lo desconectó en ningún momento. Es como tener una lámpara eléctrica encendida constantemente: al fin acaba por quemarse... o si una caldera de vapor no se apaga jamás y continúa recibiendo calor... Explota, ¿verdad?

—Sí, más o menos, aunque ahora las lámparas eléctricas son poco menos que eternas y no se utilizan las calderas de vapor —respondió Castle.

—Era sólo un símil —dijo Hamlin—, Continúa, Gheeta, por favor.

—Bueno, no hay mucho más que decir. Los generadores se calentaron, al no tener períodos de descanso. Pueden aguantar perfectamente un par de días, tres o cuatro, continuamente en funcionamiento, pero inevitablemente, es preciso efectuar una desconexión para su refrigeración. A fin de cuentas, si uno se traslada a otra época, lo hace en pocos minutos y luego no necesita utilizar el cronomóvil en un buen rato. Es como viajar en automóvil, llegar a casa y dejar el motor en marcha, como un depósito de varios miles de litros de gasolina. El motor se quemaría, ¿no?

—Exacto.

—Entonces, al recalentarse el generador, se produjo una descarga de energía de enorme potencia, la última de su actividad... y disparó el cronomóvil en el tiempo. Como una explosión final —finalizó Gheeta.

—¿Habrá muerto? —preguntó Flora, aprensiva.

—No — respondió la joven—. El cronomóvil se ha desplazado en el tiempo, a una época que no puedo saber aquí, con los métodos tan limitados de que dispongo. Pero sí estoy en condiciones de afirmar que Meltky ha viajado a miles de años, en el futuro o en el pasado. Más de cien mil, sin temor a equivocarme.

Hamlin silbó.

—Le compadezco —dijo.

—Y cuando el cronomóvil haya finalizado su viaje temporal, quedará tan inútil como un montón de hierro viejo y Meltky ya no podrá regresar a esta época —diagnosticó Gheeta concluyentemente.

* * *

El viaje duró un tiempo que no supo calcular. Le parecieron años, pero pensó que también podían haber sido segundos. La grisácea claridad en que había estado envuelto en aquellos momentos, dejó paso repentinamente a una luz no demasiado brillante.

Meltky percibió un formidable estruendo y se sintió arrojado con violencia a un lado. Casi perdió el sentido.

Cuando se sintió un poco mejor, se sentó, dándose cuenta de que estaba en el suelo. Maldijo entre dientes y se esforzó por ponerse en pie.

Miró a su alrededor. En cuanto alcanzaba la vista, no

conseguía divisar la menor señal de vida. En torno a él se extendía una inmensa llanura, de suelo guijarroso, situada al borde de un océano de aguas grises.

El cielo estaba cubierto de nubes que velaban la luz del sol. La atmósfera era densa, casi sofocante, pero respirable

Meltky no sabía dónde había ido a parar, pero estaba seguro de salir de aquel apuro. Volvió la vista y se estremeció al contemplar el cronomóvil literalmente hecho pedazos. Allí no había una sola pieza aprovechable, aparte de que entre sus habilidades nunca había figurado la mecánica.

Pero no se apuró demasiado. Sin duda, el aparato le había llevado a algún país lejano. Encontraría alguna ciudad. Lo que había en el saquete le serviría como pasaporte. Aquellos billetes eran buenos en cualquier parte del mundo y, con treinta millones, podría salir adelante.

El dinero, sin embargo, pesaba demasiado, por lo que guardó

solamente un par de fajos entre las ropas. Luego, con las manos, cavó un hoyo y enterró el resto del botín, procurando no dejar rastros. No le haría ninguna gracia que otro se aprovechase de lo conseguido con su propio esfuerzo.

Lanzó una mirada hacia la orilla. Le daba lo mismo ir en una dirección que en otra. Acabaría encontrando alguna población, algún pequeño pueblo de pescadores…

Sin pérdida de tiempo, echó a andar.

* * *

—Bueno, yo me voy con Gheeta al siglo XXXI —dijo Castle--. Un hombre de esta época se puede trasladar al futuro, pero no viceversa. Hemos descubierto que hay entre los dos algo más que simpatía y nos vamos a casar.

—Quizá no te encuentres a gusto en ese tiempo —opinó Hamlin.

Castle pasó un brazo por los hombros de la hermosa joven.

—Sí, ya sé todos los inconvenientes que puedo encontrarme —respondió—, Pero estoy dispuesto a afrontarlos.

—A ellos no les gustó mi viaje, Dan.

—Tú tenías un cronomóvil y sabías utilizarlo. No les convenía, compréndelo. Yo viajaré en el de Gheeta y me quedaré allí. Por tanto, el posible peligro que pueda suponer mi llegada queda así eliminado.

Hamlin volvió los ojos hacia la joven.

—¿Qué peligro, Gheeta? ¿Por qué no querían que yo volviese?

—Podías divulgar lo que habías visto. Aparte de eso, tus ideas sobre política son distintas a la nuestra. No querían que contaminases a las gentes de mi época —respondió Gheeta.

—Ahora puede suceder con Dan —alegó Hamlin.

—No; la cosa es distinta. Dan viene a quedarse allí. Por otra parte, hace tiempo ya que se aprecian ciertos indicios, que anuncian

cambios en las estructuras actuales de la sociedad del siglo XXXI. No se puede mantener a la gente eternamente aherrojada, por muchas ventajas que se le otorguen en otros sentidos.

—Tardará, pero lo conseguiremos —dijo Castle entusiásticamente.

—Está bien, si lo deseas… —Hamlin estrechó las manos de la pareja—. Buena suerte a los dos —deseó.

Flora besó a Gheeta.

—Siempre te recordaremos —sonrió.

Hamlin y Flora se despidieron también de Berr y Amkrus.

—Sentimos mucho abandonar esta época, pero no podemos quedarnos —dijo Amkrus.

Cuando el cronomóvil se disponía a partir, Hamlin hizo una señal con la mano. Gheeta le miró, a punto de cerrar la portezuela.

—¿Tienes algo más que decirme, Buddy?

—Sí, una cosa. Algún día… me gustaría saber adonde fue a parar Meltky.

Gheeta sonrió.

—Tal vez consiga averiguarlo —respondió.

El cronomóvil desapareció a los pocos instantes. Hamlin pasó una mano en tomo a la cintura de Flora.

—Bueno, Ellart y Benson están en la cárcel, lo mismo que su jefe. Tardarán mucho en pisar Ia calle de nuevo —dijo.

—Además, creo que te van a dar una recompensa por devolver parte del botín —manifestó ella.

—Sí, eso tengo entendido. Servirá para…

—¿Para continuar tus experimentos con la máquina del tiempo?

—No, creo que la despiezaré. Algún día, sin embargo, quizá vuelva a reconstruirla, pero ahora tengo entre manos otro aparato mucho más interesante. Y menos peligroso, desde luego.

—¿Qué es. Buddy?

—Una máquina para fabricar palillos de dientes.

Flora se echó a. reír.

—Tienes un humor excelente —dijo.

—El suficiente para pedirte que te cases conmigo, Flora.

Ella se puso seria.

—No bromees, tú —dijo.

—Es una petición absolutamente formal. Flora, deseo casarme contigo. Y no me hables jamás de lo que sucedía antes de conocernos. Tú naciste el día en que entré en tu casa, huyendo de dos tipos que me perseguían. ¿Has entendido?

Los ojos de Flora se humedecieron.

—Oh, Buddy..., no sé qué decirte...

—Sí, eso es bastante.

Hamlin abrazó a la joven. Flora lanzó un hondo suspiro.

—Te aseguro que jamás tendrás que arrepentirte de la decisión que has tomado, Buddy —dijo cálidamente.

—Si tuviera que arrepentirme, no te lo habría pedido —respondió él.

* * *

Sentíase exhausto.

No sabía los días que llevaba caminando, sin ver el menor rastro de seres humanos.

Tampoco había visto animales, al menos, de cuatro patas, ni plantas de ninguna clase, salvo las algas que, a veces, crecían junto a Ia orilla.

Había tenido que alimentarse con algunos moluscos vivos, que comió cuando el hambre se hizo irresistible. Por las noches, había una gran humedad y el rocío se condensaba en el suelo. Para saciar su sed, debía lamer las piedras, como si fuese un perro.

Pero ya no podía más. Los zapatos estaban ya destrozados. Apenas le durarían un par de días.

Por las noches, tiritaba de frío. Durante el día, apenas si podía entrar en calor y, sin embargo, debía mojarse si quería encontrar alimento en el mar.

No había encontrado ni una planta, ni un matojo reseco, con el que encender fuego y calentarse un poco, además de sacar la constante humedad de sus ropas. Acabaría con un reúma monumental, se dijo.

De pronto, vio a lo lejos cierta irregularidad en el terreno. Parecía una casa.

Corrió, tropezando y cayéndose de vez en cuando. Se levantaba con dificultad y volvía a correr. En aquellos momentos, habría dado un millón o dos por hallarse bajo un techo, junto a un buen fuego, con ropas secas y frente a un plato de comida y una jarra de cerveza.

La casa parecía en ruinas, pero, aun así, indicaba la presencia humana. Tenía que haber gente a no mucha distancia, se dijo, esperanzado.

Un minuto después, se detuvo en seco, con los ojos casi fuera de las órbitas y el corazón palpitándole aceleradamente en el pecho.

No eran ruinas de una casa, sino de su cronomóvil.

Tardó algunos segundos en comprender lo horrible de su situación.

Durante todos aquellos días, había caminado junto a la orilla del mar. Había descrito un círculo completo y ahora se encontraba nuevamente en el punto de partida.

El mar se extendía, infinito, en todas direcciones. No había apenas oleaje; las aguas, mansas, apenas si se movían.

Nadie vendría a buscarle, ni siquiera podría construir una balsa con la que emprender una osada travesía, en busca de lugares más acogedores. Permanecería allí, hasta... Lentamente, se dejó caer al suelo y se sentó. Quería llorar, pero, de súbito, se echó a reír.

Sacó los billetes, rompió los precintos del fajo y empezó a lanzar al aire aquellos rectángulos de papel, absolutamente inservibles. Reía sin interrupción y, cuando terminó aquellos fajos, desenterró el resto y continuó dispersando el dinero.

Los billetes caían mansamente a su alrededor. Ni siquiera soplaba un poco de viento. Descendían lentamente y se posaban en el suelo, sin moverse de su posición.

Así, sentado, estuvo mucho tiempo. Un día se venció de lado y se quedó quieto para siempre.

* * *

—Voy a ver el correo —dijo Hamlin a su esposa.

—Lo tienes encima de la mesa, pero date prisa; la comida estará dentro de diez minutos.

—Muy bien, cariño.

Hamlin empezó a rasgar sobres. De pronto, encontró una carta absolutamente inesperada.

Durante unos segundos, se negó a dar crédito a lo que tenía ante sus ojos. Luego lanzó un potente grito:

—¡Flora!

La joven acudió corriendo, muy asustada.

— ¡Buddy! ¿Qué te sucede?

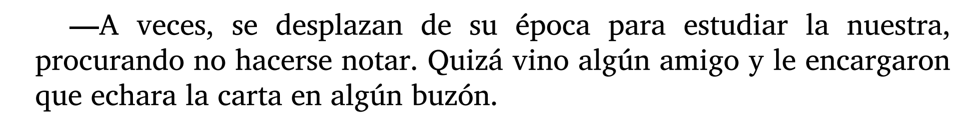
—Toma, lee.

Flora cogió la cuartilla y, atónita, leyó en voz alta:

—«Las cosas están cambiando. Vamos a tener el primer niño. Meltky fue lanzado al siglo 9.550. D. y G.».

Miró a su esposo con ojos inseguros.

—Es de ellos… Nos han escrito, pero… ¿cómo?



—A veces, se desplazan de su época para estudiar la nuestra, procurando no hacerse notar. Quizá vino algún amigo y le encargaron que echara la carta en algún buzón.

—Una carta escrita dentro de nueve siglos… —murmuró ella—. Buddy, Meltky fue a parar al siglo…

—Exactamente, al año novecientos mil quinientos cincuenta —puntualizó Hamlin—, No sabemos lo que habrá en la Tierra, dentro de nueve mil quinientos treinta y ocho siglos, pero una cosa es segura: Meltky ya no volverá a nuestra época.

Flora asintió. Se había probado el asesinato de Pequod. Rickston y sus secuaces habían sido condenados a cadena perpetua. Ya no tenían nada que temer.

De pronto, sonrió.

—Sí, eso dice —contestó él.

Flora se puso una mano en el vientre.

—Nosotros también, querido —declaró.

FIN